



Halvard Solness
Henrik Ibsen

HALVARD SOLNESS

DRAMA EN TRES ACTOS

Bajalibros.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-593-8

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

PERSONAJES

HALVARD SOLNESS.

ALINA SOLNESS.

HILDA WANGEL.

KAIA FOSLI.

KNUT BROVIK.

RAGNAR BROVIK.

DOCTOR HERDAL.

UNA SEÑORA.

UNA VOZ.

OTRA VOZ.

Señoras y gente del pueblo.

Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Sala modestamente decorada, que se supone que es el gabinete de trabajo de Solness. Puertas practicables a derecha, izquierda y foro, que conducen: la de la izquierda, a la antesala; la derecha, al interior de la casa; la del foro, a un gabinete de dibujo. En el proscenio, a la izquierda, una mesa-escritorio, con libros, papeles y otros objetos adecuados. Cerca de la puerta una estufa. En el ángulo de la derecha un diván, una pequeña mesa y dos sillas; sobre la mesa una botella con agua y un vaso. En el proscenio, a la derecha, una mesita más pequeña y junto a ella algunos taburetes y una, mecedora. Lámparas de trabajo encendidas en el cuarto de dibujo, en la mesa-escritorio y en la mesa del ángulo. En el cuarto de dibujo están sentados y trabajando KNUT y RAGNAR.

Junto a la mesa grande está KAIA hojeando el libro mayor. KNUT es un viejo delgaducho, con barba y cabellos blancos, que viste traje negro algo usado ya, pero decente, y corbata blanca, y usa antiparras. RAGNAR tiene treinta años, rubio, viste bien y anda ligeramente, encorvado. KAIA es una joven graciosa, de aspecto delicado, de veinte años de edad; viste con elegancia, y lleva puesta una pantalla verde sobre la frente, para privar a los ojos de la acción directa de la luz. Los tres trabajan un momento en medio del más completo silencio.

ESCENA PRIMERA KNUT, KAIA y RAGNAR

KNUT. *(Levantándose repentinamente de la mesa en que trabaja, respira con fuerza, como quien está muy fatigado, y avanza hacia la puerta del gabinete).* - ¡ No puedo más!

KAIA. *(Yendo, al encuentro de Knut).* - Tío, ¿estás hoy peor?

KNUT. -Sí; estoy peor cada día.

RAGNAR. *(Aproximándose a Knut y Kaia).* Mejor será que te vayas a casa, padre, y procures dormir un poco.

KNUT. *(Malhumorado).* -¿Que me vaya a la cama? ¿Es que quieres que me ahogue de todas maneras?

KAIA. -Entonces, ve a dar un pequeño paseo.

RAGNAR. -Eso es, y, si quieres, te acompañaré.

KNUT. *(Con fuerza).* -No, no he de irme si él no viene aquí primero. Preciso es que hoy le hable con toda claridad... *(Con rabia contenida).* Es Preciso que el maestro lo sepa hoy todo...

KAIA. *(Con ansiedad).* -No, tío, no; espera todavía.

RAGNAR. -¡Será preferible que esperes aún, padre!

KNUT. *(Respirando afanoso).* -¡ Ah! ¡ Ah!... ¡Con el tiempo que tengo por delante, puedo resignarme a esperar!

KAIA. *(Escuchando atenta).* -¡Silencio!... aquí está: él sube la escalera. *(Los tres reanudan el trabajo. Pausa breve. Solness entra por la puerta de la antesala. Es persona de mediana edad, sano y robusto, cabello corto y rizado, barba abundosa y cejas oscuras y espesas. Lleva debajo del brazo un rollo de planos).*

ESCENA II

Dichos, y SOLNESS

SOLNESS. *(Desde la puerta, indicando el gabinete de dibujo).* -¿ Se han marchado?

KAIA. *(También en voz baja y moviendo la cabeza).* -No. *(Se quita la pantalla de sobre los ojos).*

Solness atraviesa, la escena, pone el sombrero sobre una silla, deja los papeles sobre la mesa del ángulo y se acerca a Kaia, que continúa escribiendo, sin levantar la cabeza, aunque parece estar nerviosa y agitada).

SOLNESS: *(En voz alta)*. -¿Qué hace aquí la señorita Kaia?

KAIA. *(Sobresaltada)*. -¡Oh! no es nada, es...

SOLNESS. -Déjeme verlo, señorita... *(Mirando por encima del hombro de la joven)*. ¡Oh! Kaia...

KAIA. *(Sin dejar de escribir y en voz muy baja)* . -¿Qué es?...

SOLNESS. -¿Por qué se quito la pantalla, cuando yo vengo?

KAIA. ¡Oh! ¡Me pone tan fea!

SOLNESS. *(Sonriendo)* . - Y eso no lo quieres tú, ¿verdad?

KAIA. *(Mirándole)* . -No, ni por todo el oro del mundo. No quiero ser fea... a sus ojos.

SOLNESS. *(Acariciando los cabellos de la joven)* . -¡Pobre niña!... ¡Ah! ¡Pobre Kaia!

KAIA. *(Bajando la cabeza)* . -¡Silencio, podrían oírnos... *(Solness dirígese con cautela hacia la derecha, luego vuelve resueltamente y se detiene junto a la puerta del fondo)* .

SOLNESS. - ¿Ha venido alguien a preguntar por mí?

RAGNAR. *(Se levanta)* . -Sí; han estado aquellos jóvenes que quieren construir una casita cerca de Lövstrand.

SOLNESS. *(A media voz)* . -¡Ah! Esos pueden esperar. No se me ha ocurrido todavía proyecto alguno.

RAGNAR. *(Se acerca más, pero mostrando indecisión)* . -Desean tener los borradores, siquiera, lo antes posible.

SOLNESS. -¡Ah! Lo creo; todos quieren lo mismo.

KNUT. *(Levanta, la cabeza)* . -Han dicho que tienen muchas ganas de vivir en casa propia.

SOLNESS. -Ciertamente, ciertamente, ya sé lo que esto significa. Toman siempre lo que encuentran y cómo lo encuentran... Estos suelen contentarse con un mal barracón, pues de casa sólo tiene el nombre. Dejen que sé dirijan a otro... Díganselo así, si acaso vuelven.

KNUT. *(Se levanta las antiparras hasta la frente y le mira asombrado)* . - ¿No hará este trabajo?

SOLNESS. *(Impaciente)* . -¡No, no... por Dios! Si ha de ser así, sea así... será mejor todavía que levantar una casa en el aire. *(Con viveza)* . Además, todavía no conozco bastante a esa gente:

KNUT. -*Es gente seria; Ragnar los conoce, frecuenta la familia.*

SOLNESS. -¡Seria, seria!... No era esto lo que quise decir. ¡Dios mío! ¿ni siquiera usted me comprende ya ahora? *(Con violencia)* . No quiero negocios con extranjeros a quienes no conozco. Por mi parte, pueden dirigirse a otro arquitecto cualquiera.

KNUT. *(Se levanta)* . -¿ Habla seriamente?

SOLNESS. *(Bruscamente)* . -Hablo seriamente... Por ahora, al menos. *(Knut cruza su mirada con Ragnar, que hace un gesto como denegando y luego se dirige a la antesala)* .

KNUT. -¿Me permite que le diga dos palabras?

SOLNESS. -Con mucho gusto.

KNUT. *(A Kaia)* . -Espérame en la otra habitación.

KAIA. (*Nerviosa*) . -Pero... no... no, tío...

KNUT. -Haz lo que te he dicho, Kaia, y cierra la puerta. (*Va hacia el cuarto de dibujo, indecisa, mira un momento a Solness, con mirada suplicante, y cierra tras sí la puerta*).

ESCENA III

KNUT y SOLNESS

KNUT. (*Más calmado*). -No quiero, que mis Pobres hijos sepan todavía lo grave que estoy.

SOLNESS. -Realmente, tiene usted hoy un aspecto muy abatido.

KNUT. -Llego al término del viaje. Mis fuerzas disminuyen de día en día...

SOLNESS. -Pero, siéntese.

KNUT. -¡Gracias!

SOLNESS. (*Le acerca un poco la mecedora*). Aquí, hágame el favor... ¿Pues...?

KNUT. (*Siéntase con trabajo*). -Se trata de Ragnar. ¿Qué piensa hacer con él?

SOLNESS. -¡Oh! Pues es muy natural: su hijo continuará a mi hado mientras él quiera.

KNUT. -Esto es precisamente lo que no quiere... No puede seguir así; él lo dice...

SOLNESS. -¿Es que no se le paga aquí suficiente? No obstante, sí pretende algo más, no he de oponerme...

KNUT. -No, no. No se trata de esto. (*Impaciente*). Pero importa que... alguna vez comience a trabajar por cuenta propia.

SOLNESS. (*Sin mirarlo*) . -¿Cree usted que Ragnar puede ya hacer esto?

KNUT. -Esta es la gran cuestión; esto es lo que me espanta. Yo también comienzo a dudar de mi hijo. En realidad, apenas si le ha dirigido usted alguna que otra frase de elogio... Y, no obstante, me parece que tiene excelentes disposiciones para el trabajo.

SOLNESS. -La verdad es que saber, realmente a fondo, no es gran cosa lo que sabe, aparte el dibujo...

KNUT. (*Mirándolo con recelo y hablando con voz ronca*) . -Usted tampoco adelantó gran cosa en el arte, mientras estuvo a mi servicio, y, sin embargo, usted se salió con la suya (*Respirando afanosamente*) y hoy trabaja y gana más que yo gané... más que otros muchos.

SOLNESS. -Así lo quiso mi suerte.

KNUT. -Dice usted bien: le fue muy propicia la suerte; pero, por esto mismo, no puede usted dejarme llegar a la fosa, antes que me haya sido dado ver de lo que es capaz Ragnar. Además, quiero verlo casado... antes que me muera.

SOLNESS. (*Ansioso*) . -¿Y por Kaia lo quiere también?

KNUT. -En cuanto a Kaia no me importa tanto; pero Ragnar habla siempre de lo mismo y a todo el mundo. Debiera proporcionarle usted algún trabajo. Deseo ver, antes de morir, alguna obra suya.

SOLNESS. (*Irritado*) . -¡Yo no puedo ir a buscarle trabajo a la luna!

KNUT. -Precisamente ahora podría usted confiarle un importante trabajo.

SOLNESS. (*Sorprendido y con inquietud*). ¿A él?

KNUT. -Si usted quisiera hacer esto...

SOLNESS. -Pero, ¿de qué trabajo se trata?

KNUT. (*Vacilante*). - Se trata de la construcción de aquella casita, cerca de Lövstrand.

SOLNESS. -¿Habla usted en serio? Ese hotel he de construirlo yo.

KNUT. -Pero, si usted no quiere...

SOLNESS. -¿Que no quiero?... ¿Quién ha dicho semejante cosa?

KNUT. -Usted mismo lo ha dicho, no hace mucho.

SOLNESS. -¿Cree usted que Ragnar podría construir el hotelito?

KNUT. -¿Por qué no? Conoce a la familia... Además, para entretenerse, han hecho algunos dibujos, un plano general y también todo lo que...

SOLNESS. -¿Y está satisfecho de su proyecto?

KNUT. -Sí, bastaría que usted quisiera verlo... y aprobarlo.

SOLNESS. -¿De manera que dejaría usted a Ragnar que construyera la casa?

KNUT. -Me ha agradado bastante la idea. Sería una casa completamente nueva... y según dicen ellos...

SOLNESS. (*Reprimiendo el coraje*). -¡Ah! Conque habían venido a hablar con Ragnar... mientras yo estaba ausente...

KNUT. -Venían a hablar con usted y a saber, en el caso de que usted se mostrase dispuesto a renunciar...

SOLNESS. (*Impetuoso*) . -¿Yo renunciar?

KNUT. -Y en el caso de que le agradaran los dibujos de Ragnar...

SOLNESS. -¿Retirarme yo para hacer puesto a su hijo?...

KNUT. -Renunciar la contrata.

SOLNESS. -Es lo mismo (*Riéndose irónicamente*). Así, pues, la cosa es clara. Halvard Solness debe comenzar a retirarse para dejar paso a los más jóvenes, a los niños, diría casi... ¿Conque dejar paso, eh?...

KNUT. -Creo que en el mundo hay sitio para más de uno.

SOLNESS. -No sé si hay sitio para muchos... De todas maneras, no he de retirarme, al menos espontáneamente.

KNUT. (*Levantándose con fatiga*). -Así, pues, ¿tendré que morirme sin la menor esperanza? ¿Sin el más pequeño consuelo? ¿Sin haber visto una sola obra de mi hijo?

SOLNESS. (*Volviendo la cabeza*). -¡Vaya!... No insista.

KNUT. -¿Tan tristemente he de dejar esta vida miserable?

SOLNESS. (*Duda primero; después habla con voz firme, pero muy velada*) . -Dejará usted esta vida como mejor sepa y pueda.

KNUT. -Sea, entonces. (*Atraviesa el salón*).

SOLNESS. (*Acercándose conmovido al viejo*). -No puedo hacer otra cosa... Yo soy el que soy... no es posible cambiarme.

KNUT. -No, no... es verdad que no puede. (*Anda vacilando un poco, y al fin se detiene junto a la mesa del rincón*) . ¿Me permite que tome un vaso de agua?

SOLNESS. -Le suplico... (*Echa agua en el vaso y se lo presenta al anciano*).

KNUT. -Gracias. *(Bebe y deja el vaso. Solness va a abrir la puerta del gabinete de dibujo).*

ESCENA IV

Dichos, RAGNAR y KAIA

SOLNESS. -Ragnar, acompaña a su padre a casa. *(Ragnar se levanta y entra con Kaia en el estudio).*

RAGNAR. -Pues, ¿qué sucede, padre?

KNUT. -Dame el brazo. ¡Andando!

RAGNAR. -Vamos, y tú prepárate también, Kaia.

SOLNESS. -La señorita Kaia, tiene que quedarse todavía un momento... ha de escribir una carta.

KNUT. *(Mirando a Solness).* -¡Buenas noches, y descanse bien... si puede hacerlo!

SOLNESS. -¡Buenas noches! *(Knut y su hijo salen por la puerta de la antecámara; Kaia, se acerca a la mesa escritorio; Solness quédase más a la derecha, con la cabeza baja).*

ESCENA V

SOLNESS y KAIA

KAIA. *(Con indecisión).* -¿Es... una carta?

SOLNESS. *(Como distraído).* -¡Qué carta... *(Mirándola fijamente)* Kaia!...

KAIA. *(Temblorosa, y a media voz).* -¿Qué es entonces?...

SOLNESS. *(Imperativamente).* -¡Acércate!

KAIA. *(Vacilante)* . -Aquí estoy.

SOLNESS. *(Como antes).* -Más cerca.

KAIA. *(Obedeciendo)* -¿Qué desea de mí?

SOLNESS. *(La mira un momento).* -¿Debo darle a usted las gracias de cuanto ha pasado aquí?

KAIA. -¡Oh! No, créame.

SOLNESS. -Pero, casarse con él... ¿quiere de veras casarse?

KAIA. *(Con pausa)* . -Ragnar y yo somos prometidos desde hace cuatro años... cinco años hace... y ahora...

SOLNESS. -Ahora es preciso tomar una resolución, ¿no es eso?

KAIA. -Ragnar y el tío dicen que es necesario que yo me someta...

SOLNESS. *(Más calmado)* . -Kaia, en el fondo... en el fondo usted no ama a Ragnar.

KAIA. -Hubo un tiempo en que lo amé mucho... fue antes de venir a esta casa.

SOLNESS. -¿Y ahora no?... ¿Es cierto esto?

KAIA. *(Con pasión y juntando las manos)* . ¡Bien sabe usted que ya no amo más que a una sola persona!... que no puedo amar ya a ningún otro hombre!

SOLNESS. -Sí... y luego me deja, me abandona.

KAIA. -¿Es que no podría yo seguir aquí, aunque Ragnar...?

SOLNESS. *(Con gesto negativo)*. -No, esto es absolutamente imposible. Si Ragnar se declara, independiente y comienza a trabajar por cuenta propia, tendrá necesidad de usted.

KAIA. *(Retorciéndose las manos)*. -¡Ah! ¿Cree que podré nunca separarme de usted? Es imposible, completamente imposible.

SOLNESS. -Entonces procure disuadir a Ragnar de su extravagante idea. Cásese con él... *(Cambiando de tono)* mientras consiga que se quede aquí... Así no la pierdo a usted tampoco, amada Kaia.

KAIA. -¡Ah! ¡Si pudiéramos lograr lo que dice!

SOLNESS. *(Le toma la cabeza entre las manos y murmura suavemente)* . -Porque no puedo yo estar sin ti, ¿comprendes? ... Quiero tenerte siempre a mi lado, siempre...

KAIA. *(Convulsivamente)*. -¡Ah! ¡Dios mío!...

SOLNESS. *(Besándola)* -Kaia... Kaia...

KAIA. *(Arrodillándose a sus pies)*. -¡Oh! ¡Qué bueno es usted conmigo!... ¡qué bueno!...

ESCENA VI

Dichos, y la señora SOLNESS

SOLNESS. *(Con ansiedad)* . -Levántese, levántese... *(Ayuda a levantarse a Kaia, y ésta se dirige hacia la mesa. Entra la señora Solness por la puerta de la derecha; tiene aspecto enfermizo y está flaca, conservando todavía algún rasgo de belleza, como los rubios y rizados cabellos; es elegante y va vestida de negro. Habla despacio y con voz algo quejumbrosa)*.

SRA. SOLNESS. *(Desde la puerta)* . -¡Halvard!

SOLNESS. *(Volviéndose)* -¡Ah! ¿Eres tú, querida?

SRA. SOLNESS. *(Mirando a Kaia)* . -¿Te importuno?

SOLNESS. -¡Oh! No, de ninguna manera. La señorita Kaia tiene que escribir una carta.

SRA. SOLNESS. -¡Ah! Ya lo veo.

SOLNESS. -¿Tenías algo que decirme, Alina?

SRA. SOLNESS. -Vengo solamente a decirte que está en casa el doctor Herdal, y si quieres verlo...

SOLNESS. *(Mirándola con recelo)* . -Está bien. ¿Tiene mucha necesidad de hablar conmigo?

SRA. SOLNESS. -No. Ha venido a visitarme a mí, y desea aprovechar la ocasión para saludarte.

SOLNESS. -Bien, bien. En ese caso, ruégale que espere un momento.

SRA. SOLNESS. *(Mirando, otra vez a Kaia)*. -¿Tardarás todavía un poco, no es eso, Halvard? *(Vase cerrando la puerta)*.

ESCENA VII

KAIA y SOLNESS

KAIA. *(A media voz)*. -¡Oh! ¡Dios mío!... Sin duda la señora pensará mal de mí.

SOLNESS. ¡Ah! Eso no, ni en sueños siquiera. De todas maneras, sería preferible que se marchara ahora, Kaia.

KAIA. -Sí, sí; enseguida.

SOLNESS. *(Con severidad)*. -Y haga lo posible para complacerme. ¿Ha comprendido?

KAIA. -¡Oh! Si no dependiera más que de mi...

SOLNESS. -Quiero que mañana quede todo arreglado.

KAIA. -¡Si no hubiera más remedio, rompería con él!...

SOLNESS. *(Con violencia)*. -¿Se atrevería usted a romper con él?...

KAIA. -Sí, antes que... Yo deseo continuar aquí, porque no podría vivir de otro modo.

SOLNESS. *(Se levanta)*. -Pero, por Dios, ¿y Ragnar? Si es únicamente por Ragnar por lo que...

KAIA. *(Mirándole asustada)*. -¿Qué quiere decir con eso?... ¿Es que intenta servirse de mí sólo para...?

SOLNESS. -¡Ah! No, no haga caso. Me he explicado mal. *(Con dulzura y a media voz)*. A usted es a quien quiero tener aquí, siempre a mi lado, con preferencia a cualquier otra persona. Y por esto es por lo que debe persuadir a Ragnar para que se quede en mi casa... Pero ya es hora de que se marche...

KAIA. -Sí, sí buenas noches.

SOLNESS. -Buenas noches. *(Como llamándola)*. ¡ Ah! Dígame, ¿están aquí los dibujos de Ragnar?

KAIA. -Creo que sí, pues no he visto que se los llevara.

SOLNESS. -Haga el favor de traérmelos. Deseo examinarlos un momento.

KAIA. -¡Oh! Sí, examínelos...

SOLNESS. -Por complacer a usted, amada Kaia.

KAIA. *(Va al gabinete de dibujo, busca ansiosa en uno de los cajones de la mesa, y saca una carpeta que lleva a Solness)*. -Aquí están todos los dibujos.

SOLNESS. -Bien, déjelos sobre aquella mesa.

KAIA. *(Después de dejar los dibujos sobre la mesa)*. -¡Ahora, buenas noches! *(Con ademán suplicante)* . Y piense mucho en mí, con bondad, con simpatía,...

SOLNESS. -¡Ah! No lo dude. ¡Buenas noches, amada Kaia! *(Mira con disimulo hacia la derecha)* . Apresúrese usted... es muy tarde.

ESCENA VIII

Dichos, el Doctor HERDAL y la señora SOLNESS.

(La señora Solness y el doctor por la derecha. El doctor es hombre de mediana edad, corpulento, de cara redonda y alegre; tiene los cabellos blancos y lleva afeitado el rostro; usa lentes de oro).

SRA. SOLNESS. *(Desde la puerta)* . -Halvard, el doctor no puede esperar más tiempo.

SOLNESS. -Que pase, entonces, que pase.

SRA. SOLNESS. *(A Kaia, que ha bajado la luz de la lámpara)* . -¿Ha terminado ya la carta, señorita?

KAIA. *(Con pausa)* . -¿La carta?... ¡Ah! sí, era muy breve.

SRA. SOLNESS. -Realmente, muy breve tenía que ser para que haya concluido tan pronto.

SOLNESS. -Ruégole, señorita Kaia, que venga temprano mañana.

KAIA. - Está bien. ¡Buenas noches, señora! (*Vase por la izquierda*).

ESCENA IX

SOLNESS, señora SOLNESS y el DOCTOR.

SRA. SOLNESS. -Debes estar muy satisfecho, Halvard, de esa señorita.

SOLNESS. -Efectivamente, lo estoy, porque acierta en todo.

SRA. SOLNESS. -Ya se ve.

DOCTOR. -¿Entiende mucho de contabilidad?

SOLNESS. -¡Oh! Ha aprendido muchísimo en estos dos últimos años. Además, está siempre dispuesta a hacer cuanto se le ordena.

SRA. SOLNESS. -Es una cualidad muy importante y muy digna de elogio.

SOLNESS. -Ciertamente, y, sobre todo, cuando no se está acostumbrado a verla en las personas que más de cerca nos rodean.

SRA. SOLNESS. (*Con suave reconvención*) . -¿Lo dices por mí, Halvard?

SOLNESS. -No, no, amada Alina. Dispénsame.

SRA. SOLNESS. -No hay de qué. Señor doctor, ¿tomará luego el te con nosotros?

DOCTOR. -Vendré apenas acabe de visitar a mis enfermos.

SRA. SOLNESS. -Confío en ello. (*Vase por la derecha*).

ESCENA X

SOLNESS y el DOCTOR

SOLNESS. -¿Tiene mucha prisa, doctor?

DOCTOR. -No, ciertamente.

SOLNESS. - Entonces, ¿podríamos hablar un rato?

DOCTOR. -¡Con mucho gusto!

SOLNESS. -Tome asiento. (*Hace sentar al doctor en la mecedora y él se sienta en la butaca*). Dígame... ¿Ha notado algo en Alina?

DOCTOR. -¿Ahora?... ¿ Mientras estaba, aquí?

SOLNESS. -Sí... ¿No ha observado en ella algo extraordinario?

DOCTOR. (*Sonriéndose*). -¡Oh! sí, ciertamente... No puede escaparse a nadie que a su esposa...

SOLNESS. -¿Qué?

DOCTOR. -Que a su esposa no le es muy simpática la señorita Kaia.

SOLNESS. -¿Nada más que eso?... Eso ya lo había observado yo también.

DOCTOR. -Y no creo que deba maravillarse a nadie...

SOLNESS. -¿Qué?

DOCTOR. -Que no vea con buenos ojos a una mujer que pasa el día entero en esta casa.

SOLNESS. -Tiene usted razón... y también Alina; pero no puede ser de otro modo.

DOCTOR. -¿No podría tomar un escribiente?

SOLNESS. -¿El primero que llamara a la puerta? No sabría qué hacer de él.

DOCTOR. -Pero, ¿y si su esposa, débil como está, no pudiera soportar por más tiempo...?

SOLNESS. -Entonces, tanto peor. Kaia ha de seguir en mi casa... la necesito, y nadie puede sustituirla.

DOCTOR. -¿Nadie?... De veras?...

SOLNESS. -Nadie.

DOCTOR. (*Acercando su asiento a Solness*). Oiga, señor Solness, ¿me permite que le dirija una pregunta?

SOLNESS. -Hable usted.

DOCTOR. -Las mujeres, todos lo sabemos, para ciertas cosas tienen un olfato finísimo.

SOLNESS. -Cierto... ¿Y qué más?

DOCTOR. -Que si su esposa no puede, realmente, sufrir a Kaia...

SOLNESS. -¿Significa... ?

DOCTOR. -No digo tanto... Pregunto solamente si esa antipatía está justificada.

SOLNESS. (*Le mira y se levanta luego*). ¡Oh!... ¡Oh!

DOCTOR. -No tome a mal que insista en querer saber si esa antipatía es justificada.

SOLNESS. (*Breve y decidido*). -No, es absolutamente injustificada.

DOCTOR. -Por consiguiente, ¿no hay la menor razón... ?

SOLNESS. -No ninguna. En el fondo, no hay otra cosa sino el carácter celoso de mi esposa.

DOCTOR. -Yo sé, amado Solness, que ha... tratado usted a muchas mujeres.

SOLNESS. -No lo niego.

DOCTOR. -Y sé también que ha querido mucho a alguna de ellas.

SOLNESS. -También es verdad.

DOCTOR. -Y, en cuanto a la señorita Kaia... ¿no hay nada? ¿nada....?

SOLNESS. -No; por mi parte no...

DOCTOR. -¿Y por parte de ella?

SOLNESS. -Creo, doctor, que no tiene usted derecho a hacerme semejantes preguntas.

DOCTOR. -Hablemos, entonces, del olfato de mujer.

SOLNESS. -En cuanto a esto... (*Bajando la voz*) Alina, como usted decía, tiene un olfato finísimo, es verdad.

DOCTOR. -¿No lo dije yo?

SOLNESS. (*Sentándose*). -Doctor amigo, si quiere prestarme atención, le contaré una historia muy extraña.

DOCTOR. -Ya estoy escuchando.

SOLNESS. -Recordará que admití a Knut Brovik y a su hijo en mi casa cuando el viejo se encontraba en muy mala situación.

DOCTOR. -Sí, he oído hablar de eso.

SOLNESS. -Son dos personas excelentes, muy honradas, lo reconozco; pero suponga usted que un día se le ocurre al joven Brovik enamorarse... Y, naturalmente, apenas casado, querrá trabajar por cuenta propia. Todos los jóvenes tienen esas aspiraciones.

DOCTOR. (*Riendo*). -En efecto, todos tienen la manía de querer casarse.

SOLNESS. -Esto a mí no me conviene, porque tengo necesidad de Ragnar y hasta de su padre, porque éste no tiene rival en los cálculos de las resistencias, de los volúmenes y de otras muchas cosas que a mí me fastidian.

DOCTOR. -Y, no obstante, éstas son cosas necesarias.

SOLNESS. -Indudablemente. Pues bien; Ragnar quiso empezar a trabajar ya por su cuenta, y yo no podía oponerme...

DOCTOR. -Sin embargo, ha continuado aquí.

SOLNESS. -Oiga cómo. Un día vino Kaia a verle... no recuerdo por qué. Al verla, supuse en seguida que se amaban y se me ocurrió una idea. Si consigo que la muchacha sé quede en casa, pensé, Ragnar continuará también.

DOCTOR. -Fue una excelente idea.

SOLNESS. -No dije de esto una sola palabra, fíjese bien, no hice más que mirarla, mirarla... y desear con todas mis fuerzas tenerla en mi casa, tenerla aquí, a mi lado. Después hablé con ella algunas palabras, palabras indiferentes...

DOCTOR. -¿Y luego?

SOLNESS. -Al día siguiente, al anochecer, cuando ya el viejo y su hijo habían salido de aquí, volvió la joven y me habló como si entre nosotros hubiera mediado una secreta inteligencia.

DOCTOR. -¿Una secreta inteligencia?... ¿Acerca de qué?

SOLNESS. -Acerca de lo que yo había pensado, y respecto a lo cual no había dicho a nadie una sola palabra, estoy seguro de ello.

DOCTOR. -¡Es realmente extraño!

SOLNESS. -Kaia me preguntó cuál podría ser su ocupación aquí, y si podría empezar a la mañana siguiente.

DOCTOR. -¿Y no se le ocurrió a usted que eso pudo hacerlo la chica para estar más cerca de su amado?

SOLNESS. -Sí, se me ocurrió al principio; pero, como Kaia ha procurado siempre huir de él, he rechazado la idea. He observado que me *siente* cuando me acerco a ella, sin verme, y que tiembla apenas la miro... ¿Qué me dice usted de esto?

DOCTOR. -Que todo se explica fácilmente.

SOLNESS. -Bien, pero, ¿y lo demás?... Estoy convencido de que ella oyó lo que no había yo hecho más que pensar y querer... en silencio, en lo más profundo de mi alma... ¿Puede usted explicarme esto, querido doctor?

DOCTOR. -No soy competente.

SOLNESS. -Lo suponía, y por eso no se lo había dicho nunca. Pero se me va haciendo insoportable esta idea, ¿entiende?... Es un delito que estoy cometiendo contra esta pobre muchacha... Pero no puede ser de otro modo: si Kaia sale de mi casa, perderé también a Ragnar.

DOCTOR. -¿No ha dicho nunca nada de esto a su esposa?

SOLNESS. -¡No!

DOCTOR. -¿Y por qué no lo ha hecho?

SOLNESS. (*Lo mira fijamente y luego habla con Pausa*). -Porque me parece que así me impongo a mí mismo un justo tormento, un tormento en cierta manera, saludable...

DOCTOR. (*Moviendo la cabeza*). -Ahora no comprendo nada.

SOLNESS. -Es que, de este modo, creo pagar, siquiera en parte, la deuda que tengo contraída con mi esposa.

DOCTOR. -¿Con su esposa?

SOLNESS. -Con mi esposa, sí; y esta idea me tranquiliza un poco, pareciéndome que así respiro más libremente.

DOCTOR. -Ahora lo entiendo menos todavía.

SOLNESS. (*Interrumpiéndole bruscamente, se levanta otra vez*). -Entonces, será preferible que no hablemos más de eso. (*Se pasea, se detiene luego junto a la mesita y contempla un momento al doctor, sonriendo*). Diga, doctor, ¿cree usted haberme colocado ya en el terreno de las confesiones?...

DOCTOR. (*Amostazado*). -¿Confesiones?... Le repito, señor Solness, que no comprendo nada de cuanto dice.

SOLNESS. -Pero hable de una vez francamente, ya que he logrado descubrir...

DOCTOR. -¿Qué ha, descubierto?

SOLNESS. (*Habla concentradamente y con pausa*). - Que ha venido usted aquí para espiarme, para no perderme de vista...

DOCTOR. -¿Qué dice? ¿Y por qué había de hacer yo eso?

SOLNESS. -Porque me cree... (*Con calor*). Porque cree de mí lo mismo que cree también Alina.

DOCTOR. -Pero, ¿qué es lo que la señora Alina cree?

SOLNESS. (*Procurando dominarse*). -Pues, empieza a creer... ¿cómo lo diré?... que estoy enfermo.

DOCTOR. -¿Enfermo? No me ha dicho de eso una sola palabra. ¿Y enfermo de qué, querido señor Solness?

SOLNESS. (*Inclinándose sobre el doctor murmu ra*). Alina supone que estoy... loco.

DOCTOR. (*Levantándose*). -¡Pero, querido Solness...!

SOLNESS. -Por mi alma, le digo que así es... Bien se ve que se lo ha confiado también a usted. ¡Oh! Le aseguro, doctor, que lo advertí enseguida.

DOCTOR. (*Mirándole sorprendido*). -¡Jamás se me hubiera ocurrido semejante idea! ¡Oh, jamás, se lo juro, señor Solness!

SOLNESS. (*Con risa de incredulidad*). -¡Ah! ¿De veras?

DOCTOR. -¡No, jamás! Como tampoco lo puede haber pensado su esposa. Se lo aseguro...

SOLNESS. -Es inútil... tanto más inútil porque, siquiera hasta cierto punto, es posible que tenga razón.

DOCTOR. -Vaya una manía; pero yo he de decirle...

SOLNESS. (*Interrumpiéndole*). -Bien, querido doctor, concluyamos. Lo mejor será, en medio de todo, que Piense cada cual lo que le acomode. (*Demostrando una íntima alegría*). ¿Ha comprendido usted, doctor?

DOCTOR. -¿Qué?

SOLNESS. -Que si usted no cree que estoy enfermo, ni desequilibrado, ni loco...

DOCTOR. -¿Y por qué había de creerlo?

SOLNESS. -Creerá entonces, naturalmente, que soy un hombre muy feliz.

DOCTOR. - Dígame al menos por qué...

SOLNESS. -¡Ah! ¿conque le parece a usted poco?... (*Riendo*). ¡Solness... Halvard Solness!... en fin.

DOCTOR. -En efecto, he de convenir, con todo el mundo, que ha sido usted muy favorecido por la fortuna.

SOLNESS. -Es verdad, no puedo quejarme.

DOCTOR. -El incendio de aquella mala casuca fue una verdadera fortuna para usted.

SOLNESS. (*Con gravedad*). -No olvide que para Alina, aquello fue la destrucción de su casa paterna...

DOCTOR. -Cierto que a su esposa le ocasionaría gran dolor.

SOLNESS. -Han pasado ya más de doce años, lo siente vivo todavía.

DOCTOR. -Y la desgracia que luego ocurrió sería seguramente para su esposa otro golpe muy doloroso.

SOLNESS. -Las dos desgracias, seguidas, la abatieron juntamente.

DOCTOR. -Pero, su gloria y su fortuna comenzaron entonces. Habiendo, empezado de pobre ayudante, es hoy el primero entre los primeros en su arte. Realmente, señor Solness, puede decirse que le ha sido propicia la fortuna.

SOLNESS. (*Le mira espantado*). -¡Y esto es precisamente lo que me tortura! ...

DOCTOR. -¿ Le tortura el ser feliz?

SOLNESS. -Temo constantemente... porque, al fin, la desgracia tiene que llegar.

DOCTOR. -¡Bah! ¿Quién podrá provocarla?

SOLNESS. -¡La juventud!

DOCTOR. -¡Oh! ¡La juventud!... No tema. Goza usted todavía de una fama inmensa. Nunca fue su gloria tan grande como ahora, ni estuvo tan sólidamente cimentada.

SOLNESS. -Vendrá el momento de la caída. Lo veo clarísimamente, está ya próximo. Pronto Me dirá alguno que me retire, que deje el puesto... Y luego, todos los demás empezarán también a gritarme: ¡Puesto!... ¡Puesto!... Usted lo verá, doctor; usted verá a la juventud llamar, impaciente, a la puerta de mi casa.

DOCTOR. (*Sonriendo*) . -Bueno, ¿y después?

SOLNESS. -Después, todo habrá concluido para el constructor Solness. (*Llaman en la puerta de la izquierda*). ¿ Quién es?... ¿Ha comprendido usted ahora, doctor?

ESCENA XI

Dichos, e HILDA

DOCTOR. -Alguien llama.

SOLNESS. (*Con voz fuerte*). -¡Adelante! (*Entra Hilda Wangel; es de mediana estatura, delgaducha y de aspecto delicado. Viste traje de turista, falda corta, chaqueta con cuello a la*

marinera, sombrero a la marinera también, y lleva un pequeño saco de mano y un largo bastón de alpinista).

HILDA. *(Saludando a Solness, radiante de alegría)*. -¡Buenas noches!

SOLNESS. *(Mirándola sorprendido)*. -¡Buenas noches!

HILDA. *(Riendo)*. -Me parece que ya no se acuerda usted de mí.

SOLNESS. -No... he de confesar que así, al pronto...

DOCTOR. *(Acercándose)*. -Pues yo sí que la recuerdo, señorita.

HILDA. *(Con alegría)* ¡Cómo! ¿Es usted quien... ?

DOCTOR. -Yo mismo. *(A Solness)*. Nos conocimos este verano allá arriba, en las montañas. *(A Hilda)*. Y, ¿qué ha sido de sus compañeras?

HILDA. -Han seguido el camino hacia el Este.

DOCTOR. -Se escandalizarían sin duda de la orgía a que nos entregamos juntos aquella noche.

HILDA. -Así lo creo también.

DOCTOR. *(Señalándola con el dedo)* . -Confíese usted que hizo locuras con nosotros.

HILDA. -¡Es mucho más divertido eso que hacer calceta con las tías viejas!

DOCTOR. -Estoy perfectamente de acuerdo.

SOLNESS. -¿Ha llegado usted esta noche?

HILDA. -Sí, en este momento.

DOCTOR. -¿Y Sola, señorita Wangel?

HILDA. - Sola.

SOLNESS. -¿Wangel? ¿Se llama usted Wangel?

HILDA. *(Mirándole con cómico, asombro)*. -Con el permiso de usted.

SOLNESS. -¿Es usted entonces la hija del médico de Lissanger?

HILDA. *(Como antes)*. -¿Pues de quién iba a ser hija?

SOLNESS. -¡Ah! Entonces, nos conocimos allá el verano aquel que fui a construir el campamento de la iglesia vieja.

HILDA. *(Seria)*. -Cierto, entonces fue.

SOLNESS. -¡Hace ya mucho tiempo!

HILDA. *(Mirándole, fijamente)*. -¡Diez años cabales!

SOLNESS. -Usted era entonces una niña.

HILDA. *(Con cierta ligereza)*. -¡ O h! Tenía diez o doce años.

DOCTOR. -¿Es la primera vez que viene a la ciudad, señorita?

HILDA. -¡Oh! Sí, la primera.

SOLNESS. -¿Entonces, no conocerá usted a nadie aquí ?

HILDA. -A nadie, más que a usted y a su esposa.

SOLNESS. -¡Ah! ¿Conoce a mi esposa?

HILDA. -Poco. Pasamos juntas algunos días en el establecimiento a que su esposa había ido para curarse.

SOLNESS. -¡Ah! Allá arriba, en las montañas.

HILDA. -Y Me arrancó la promesa de que si alguna vez venía a la ciudad, iría a verla. *(Sonriendo)*. Aunque no había necesidad que ella me invitase... lo habría echo del mismo modo.

SOLNESS. -Me sorprende que no me lo haya dicho nunca. *(Hilda deja el bastón junto a la estufa, y el saco y el abrigo en el diván. El doctor intenta ayudarla. Solness se queda mirándola, sin moverse)*.

HILDA. *(Acercándose a Solness)*. -Muy bien. Ahora, le ruego que me dé hospedaje aquí esta noche.

SOLNESS. -Con Mucho gusto.

HILDA. -NO llevo más ropa que la puesta... y algunas prendas interiores que me conviene hacer lavar.

SOLNESS. -¡Oh! Sí, todo se arreglará. Pero es preciso ahora que llame a mi esposa.

DOCTOR. -Y yo mientras tanto iré a visitar a mis enfermos.

SOLNESS. - Pero, ¿volverá más tarde?

DOCTOR. *(Mirando alegremente a Hilda)*. -¡Claro que volveré! *(Sonriendo)*. Ha sido usted profeta, señor Solness.

SOLNESS. -¿Por qué?

DOCTOR. -La juventud ha llamado a su puerta.

SOLNESS. *(Sonriente)*. -Sí, pero no quise decir esta juventud.

DOCTOR. -No lo pongo en duda. *(Vase por la izquierda. Solness abre la puerta de la derecha y llama dentro)*.

ESCENA XII

SOLNESS, HILDA y señora SOLNES

SOLNESS. -¡Alina!... Haz el favor de venir un momento. Está aquí la señorita Wangel, a quien conoces.

SRA. SOLNESS. *(Apareciendo en la puerta)*. -¿Qué dices? *(Viendo a Hilda)*. ¡Ah! ¿Es usted, señorita? *(Va hacia Hilda y le da la mano)*. ¿Conque, al fin, ha venido usted?

SOLNESS. -La señorita Wangel acaba de llegar y desea pasar aquí la noche.

SRA. SOLNESS. -¿Con nosotros? ¡Oh! Con mucho gusto.

SOLNESS. -Además, tiene alguna ropa que desea que le laven y planchen, ¿comprendes?

SRA. SOLNESS. - Procuraré ayudarle lo mejor que sepa. Es lo menos que puedo hacer. ¿Y su equipaje no ha llegado todavía?

HILDA. -No traigo equipaje.

SRA. SOLNESS. -Todo se arreglará. Mientras tanto, tendrá usted que contentarse con la compañía de mi marido, porque yo voy a prepararle la habitación.

SOLNESS. -¿No podrías darle uno de los aposentos de los niños?... Esos están ya arreglados.

SRA. SOLNESS. -¡Oh! Sí, lo que es sitio no falta. *(A Hilda)*. Siéntese ahora, señorita, y descanse un poco. *(Vase por la derecha. Hilda, con las manos a la espalda, se pasea,*

mirándolo todo. Solness, de pie Junto a la mesita, también con las manos a la espalda, la sigue con la mirada).

ESCENA XIII **HILDA y SOLNESS**

HILDA. *(Se detiene y lo mira).* -¿Tienen muchos aposentos para los niños?

SOLNESS. -Tres.

HILDA. -¿Tienen ustedes muchos hijos, entonces?

SOLNESS. -No, no tenemos ninguno... Usted será hoy nuestra hija.

HILDA. -Por esta noche, y tenga usted seguridad de que no alborotaré: he de dormir como una santita.

SOLNESS. -Estará muy cansada.

HILDA. -No, pero esto no es obstáculo... Es tan hermoso soñar... aunque sea en el lecho.

SOLNESS. -¿Sueña usted mucho?

HILDA. -Casi todas las noches.

SOLNESS. -¿Y qué es lo que sueña con más frecuencia?

HILDA. -Esto no se lo diré ahora... Otro día, tal vez... *(Vuelve a pasear por la escena, luego se detiene y hace como si buscara algo entre los libros y papeles que hay sobre la mesa grande).*

SOLNESS. *(Acercándose).* -¿Busca usted algo?

HILDA. -No, miraba solamente. *(Alejándose).* ¿Es que no se puede?

SOLNESS. -Sí, señorita.

HILDA. -¿Es usted, señor Solness, quien escribe en este libro grande?

SOLNESS. -No, la escribiente.

HILDA. -¿Una mujer?

SOLNESS. *(Riendo).* -Sí, una mujer.

HILDA. -¿Una mujer, que pasa todo el día aquí, con usted?

SOLNESS. -Ciertamente.

HILDA. -¿Es casada?

SOLNESS. -No, es una señorita.

HILDA. -¡Oh! ¡Perfectamente!...

SOLNESS. -Pero, es probable que se case muy pronto.

HILDA. -Tanto mejor para ella.

SOLNESS. -Pero no para mí, que no tendré quien me ayude.

HILDA. -¿No encontrará otra escribiente?

SOLNESS. -¿Querría usted ocupar su puesto?

HILDA. *(Mirándole fijamente).* -¿Yo?... No, gracias. *(Da algunas vueltas por la escena y, al fin, se sienta en la mecedora. Solness vuelve al lado de la mesita).* Tengo que hacer cosa muy distinta. *(Le mira sonriendo).* ¿No le parece a usted también?

SOLNESS. -Comprendo. En primer lugar tendrá que ir a las tiendas, para adquirir...

HILDA. (*Muy alegre*). -No, no... y aunque quisiera tampoco lo podría hacer.

SOLNESS. -¿Cómo?

HILDA. -He gastado ya cuanto tenía.

SOLNESS. -¿Así, pues, ni tiene usted equipaje, ni tiene dinero?

HILDA. -Sí; pero no me importa. Para mí es lo mismo.

SOLNESS. -¿Sabe que me place, señorita?

HILDA. -¿Nada más que eso?

SOLNESS. -Eso... y otras cosas. (*Se sienta en el sillón*). ¿Vive su padre todavía?

HILDA. -Sí, todavía vive.

SOLNESS. -Y usted habrá venido para estudiar...

HILDA. -No, nunca, se me ha ocurrido.

SOLNESS. -Pero querrá pasar algún tiempo aquí, ¿no es verdad?

HILDA. -Depende de las circunstancias. (*Pausa. Hilda se mece con excesiva violencia sin dejar de mirar a Solness. De pronto, se quita el sombrero y lo pone sobre la mesa*). ¿Maestro Solness?...

SOLNESS. -¿Qué?

HILDA. -Olvida usted muy fácilmente, según veo.

SOLNESS. -No, que yo sepa.

HILDA. -¿Quiere usted, entonces, que reanudemos la conversación que empezamos allá arriba?

SOLNESS. -¿Allá arriba?... ¿En Lissanger? ¡Bah! Me parece que no vale mucho la pena.

HILDA. (*Mirándole con aire de reproche*). -Pero, ¿qué dice?

SOLNESS. -Entonces, hable usted... diga.

HILDA. -Cuando se concluyó la torre, se celebró una gran fiesta en la ciudad.

SOLNESS. -No olvidaré jamás aquel día.

HILDA. (*Sonriendo*). -¿De veras?... Sé lo agradezco mucho.

SOLNESS. -¿Me lo agradece?

HILDA. -Una música tocó delante de la iglesia, donde se habían reunido centenares de personas. Nosotras, las niñas de las escuelas, íbamos todas vestidas de blanco, y cada una llevábamos en la mano una pequeña bandera.

SOLNESS. -¡Ah! ¡Sí, sí, lo recuerdo!

HILDA. -Y el maestro Solness, con pie firme y seguro, subió a lo más alto de la torre, llevando en la mano una gran corona, que colocó allá arriba, en la cima del campanario...

SOLNESS. -Así acostumbraba yo hacerlo, conforme a la tradición.

HILDA. -Impresionaba mucho verle allá arriba, en lo más alto... ¡Si se cayera ahora el constructor!, pensábamos sin quererlo.

SOLNESS. (*Secamente para cortar la conversación*). -Y podía haber ocurrido, porque una de

aquellas endiabladas, chicuelas vestidas de blanco comenzó a gritar desaforadamente.

HILDA. (*Radiante de alegría*) . -“Viva el constructor Solness” ¿Así, verdad?

SOLNESS. -Agitando al mismo tiempo de tal modo su banderola, que faltó poco para que no me diese el vértigo.

HILDA. (*A media voz muy seria*) . -Efectivamente, entonces era yo una niña endiablada.

SOLNESS. (*Mirándola como asustado*) . -¡Ahora lo comprendo! ¡Aquella, muchachuela era usted... usted misma!

HILDA. (*Con su natural vivacidad*) . -¡Era un espectáculo hermoso, emocionante! Jamás creí que hubiera en el mundo un constructor capaz de levantar una torre tan alta, y que lo pudiera yo ver un día allá, en la cima, sin sentir el más ligero desvanecimiento... Esto era, no lo dude, lo que más admiraba a cuantos le contemplaron en aquel instante.

SOLNESS. -Pero, ¿cómo podía usted saber...?

HILDA. -Saberlo, no... pero mi alma lo presentía. Tampoco era usted capaz de haber cantado allá arriba, en lo alto de la torre, y cantó...

SOLNESS. (*Admirado*) . -¿Que yo canté?

HILDA. -Sí, cantó.

SOLNESS. -No he cantado una sola vez en mi vida.

HILDA. -Sin embargo, aquel día cantó... Parecía como que hubiera arpas allá arriba.

SOLNESS. (*Pensativo*). -Es muy extraño todo eso.

HILDA. (*Después de una pequeña pausa*). -Pero lo más importante ocurrió después... Creo que no será preciso recordárselo.

SOLNESS. -Sin embargo, no estará de más que ayude usted a mi memoria.

HILDA. -¿No recuerda el gran banquete que el Círculo le ofreció?

SOLNESS. -Sí, lo recuerdo... y recuerdo también que al día siguiente me puse en camino.

HILDA. -Pues al salir del Círculo, por la noche, estuvo usted invitado en mi casa.

SOLNESS. -Es verdad, señorita Wangel... Me sorprende la fidelidad con que recuerda usted esas pequeñeces.

HILDA. -¿Conque pequeñeces, eh? ¿Fue también una pequeñez la de encontrarme en la sala cuando entró usted?

SOLNESS. -¿Era...?

HILDA. -Yo misma, y entonces no me llamó niña endiablada.

SOLNESS. -Me hubiera guardado mucho de hacerlo.

HILDA. -En cambio, me dijo que estaba muy hermosa con mi vestido blanco, y que parecía una pequeña princesa.

SOLNESS. -Y era verdad, señorita Wangel... Además, estaba aquel día tan contento...

HILDA. -Y añadió que yo llegaría a ser una verdadera princesa.

SOLNESS. (*Riendo*). -¿Eso dije también?

HILDA. -Sí, lo dijo. Y cuando le pregunté cuánto tiempo tenía que esperar aún, respondiéndome que volvería dentro de diez años -como el caballero de la leyenda- para llevarse conmigo a tierras lejanas... prometiéndome que allí me daría un reino.

SOLNESS. *(Riendo)*. -Después de una buena comida se suele ser generoso. Pero, ¿es verdad que dije todo eso?

HILDA. -Sí, y hasta mencionó el nombre de mi reino.

SOLNESS. -¿Cómo era? A ver...

HILDA. -Debía llamarse el Reino de la Melancolía.

SOLNESS. -Vaya un nombre bonito.

HILDA. -A mí no me gustó mucho... Creí en aquel momento que usted quería divertirse conmigo.

SOLNESS. -Nunca tuve tan mala intención.

HILDA. -Y, en realidad, ni podía siquiera suponerse después de lo que hizo usted luego.

SOLNESS. -Sepamos qué hice luego.

HILDA. -¡Hasta eso ha olvidado! Pues me parece que esas cosas no debieran olvidarse jamás.

SOLNESS. -Bien, veamos; ayude otra vez a mi flaca memoria...

HILDA. *(Mirándole fijamente)*. -¡Me tomó en sus brazos... y me besó, señor maestro Solness!

SOLNESS. *(Muy sorprendido, levantándose)*. - ¿Yo?

HILDA. -¡Sí, sí!... me estrechó en sus brazos fuertemente y me besó, me besó muchas veces.

SOLNESS. -¡Señorita Wangel!...

HILDA. *(Levantándose)*. Supongo que no pretenderá negarlo.

SOLNESS. -Pues, sí, lo niego, lo niego en absoluto.

HILDA. *(Mirándole con ironía)*. -¡Ah! ¿Sí?... *(Se vuelve, y andando despacio se separa de Solness, quedándose al fin parada con las manos a la espalda. Pequeña pausa)*.

SOLNESS. *(Muy despacio también se acerca a la joven)*. -¡Señorita Wangel! *(No se mueve siquiera)*. No esté inmóvil como una estatua. .. Todo eso que ha dicho lo debe haber soñado. *(La agarra del brazo)*. ¿No me oye? *(Hilda hace un movimiento de impaciencia)*. ¡Pero, aguarde... aguarde! *(Como si se le ocurriera alguna idea)*. ¡Aquí hay algo muy misterioso!... *(Hilda continúa inmóvil)* ¡Debo haber pensado todo eso! Sí, debo haber deseado todo eso... ¡Lo mismo que la otra vez!... *(impacientándose)*. Pero, sí, es verdad, ¡vaya!... ¡Todo aquello es verdad! ...

HILDA. *(Vuelve un poco la cabeza, pero sin mirarle)*. -¿Conviene usted ahora en cuanto he dicho?

SOLNESS. -Sí, convengo en cuanto quiera.

HILDA. -¿Que me tomó en brazos?

SOLNESS. -Sí.

HILDA. -¿Que me estrechó fuertemente?

SOLNESS. -Sí, muy fuertemente.

HILDA. -¿Que me besó?

SOLNESS. -Sí, la besé.

HILDA. -¿Muchas veces?

SOLNESS. -Cuantas veces quiera.

HILDA. *(Se vuelve rápidamente hacia él, brillando otra vez en sus ojos la alegría)*. -Al fin ha tenido que confesarlo todo.

SOLNESS. *(Sonriendo)*. -Pero, ¿cómo he podido olvidar esas cosas?

HILDA. *(Apartándose de él otra vez)* -¡Ah!... ¡Habrá besado a tantas en la vida!

SOLNESS. -No, no lo crea... *(Hilda se sienta en el sillón; Solness se queda en pie, apoyándose ligeramente en la mecedora, y contemplando a la joven)*. Señorita Wangel...

HILDA. -¿Qué?

SOLNESS. -Dígame qué pasó después entre nosotros.

HILDA. -Nada. Llegaron otras visitas.

SOLNESS. -Pero, ¿cómo pude olvidar?...

HILDA. -¡Ah! No, usted no ha olvidado nada... Lo que ocurre es que le da un poquito de vergüenza... Estas cosas no se olvidan nunca.

SOLNESS. -Cierto que no debieran olvidarse...

HILDA. *(Mirándole y con su natural vivacidad)* . -Y la fecha, ¿ha olvidado también la fecha?

SOLNESS. -¿La fecha?

HILDA. -Sí, la fecha del día en que puso la corona en la cima del campanario. A ver...

SOLNESS. -Palabra de honor que no la recuerdo. Sólo sé que en el próximo otoño hará diez años.

HILDA. *(Moviendo la cabeza afirmativamente)*. - Diez años hace el día 19 de septiembre... ¡Cabales!

SOLNESS. -Perfectamente. Hasta la fecha recuerda usted. Pero, ¡aguarde!... ¡Oh! Sí, hoy es el 19 de septiembre.

HILDA. -Precisamente... han pasado los diez años de la leyenda, sin que el maestro Solness se haya presentado a cumplir su promesa.

SOLNESS. -¿Mi promesa? ¿Pero es que usted cree que quise entonces asustarla?

HILDA. -Ya sé que no trató de asustarme.

SOLNESS. -Quise sólo divertirme un poco. Usted era entonces una niña.

HILDA. -No tanto... ni tan inocente como usted supone.

SOLNESS. *(Mirándola sorprendido)*. -¿Creyó seriamente que yo volvería?

HILDA. *(Disimulando una sonrisa de menosprecio)* . -Lo había usted prometido.

SOLNESS. -¿Y creyó que iría a su casa a robarla?

HILDA. -Como los caballeros...

SOLNESS. -¿Para hacerla princesa?

HILDA. -¡Lo había prometido!

SOLNESS. -¿Para darle un reino?

HILDA. -¿Por qué no?... Y un reino espléndido; aunque no como los reinos de la tierra...

SOLNESS. -En fin, algo equivalente.

HILDA. -Eso es... algo que valiera tanto como un reino verdadero. *(Mirándole)*. Quien sabe

construir las más altas torres del mundo, bien podía darme a mí un reino... Esto es lo que yo creí.

SOLNESS. (*Moviendo la cabeza*). -No la comprendo, señorita Wangel.

HILDA. -No obstante, hablo con bastante claridad.

SOLNESS. -No la comprendo, y supongo que pretende burlarse de mí.

HILDA. (*Sonriendo*). -¿ Burlarme de usted?

SOLNESS. (*Mirándola*). -¿ Hace mucho tiempo que sabe usted que estoy casado?

HILDA. -¿Por qué me pregunta eso?

SOLNESS. -Por nada... una idea. (*Mirándola, fijamente, y a media voz*) . ¿Por qué ha venido usted aquí?

HILDA. -Para que me dé el reino que me prometió. ¿No se ha cumplido ya el plazo?

SOLNESS. (*Riendo*). -¡Me hace usted mucha gracia!

HILDA. (*Alegre*). -¡Quiero mi reino, señor maestro! (*Golpeando la mesa con los dedos*). ¡Venga mi reino!

SOLNESS. (*Sentándose en la mecedora*). -Hablemos con seriedad: ¿por qué ha venido? ¿Qué es lo que quiere?

HILDA. -¡Oh! Primero, deseo ver la ciudad y todo lo que el maestro Solness ha hecho en ella.

SOLNESS. -No le faltará distracción.

HILDA. -¿Es mucho, entonces, lo que ha construido aquí? ¿mucho?

SOLNESS. -Mucho, sobre todo durante los últimos años.

HILDA. -¿Y también muchos campanarios?... ¿Muy altos?

SOLNESS. -Ya no levanto campanarios... ni templos.

HILDA. -Pues, ¿qué hace ahora?

SOLNESS. -Casas para viviendas.

HILDA. (*Reflexionando*). -¿Y no se les pueden poner campanarios a las casas?

SOLNESS. (*Con sorpresa*) . -¿Qué quiere decir?

HILDA. -Campanarios o torres que se eleven libremente, orgullosamente, en el espacio anchísimo, hasta una altura prodigiosa...

SOLNESS. (*Pensativo*). -¡Es una cosa muy extraña! Precisamente eso es mi mayor deseo.

HILDA. (*Impaciente*) . -Pues, ¿por qué no lo hace?

SOLNESS. (*Moviendo la cabeza*) . -A los hombres no les gustarían semejantes casas.

HILDA. -¿Qué importa eso?

SOLNESS. -Ahora, estoy construyendo una casa para mí.

HILDA. -¿Para usted?

SOLNESS. -Está ya casi concluida y tiene una torre...

HILDA. -¿Muy alta?

SOLNESS. -Sí.

HILDA. -¿Muy alta?

SOLNESS. -La gente dirá que es demasiado alta, al menos para una casa-habitación.

HILDA. -Quiero ver pronto esa torre... mañana, tan pronto como amanezca.

SOLNESS. (Apoya la cabeza entre las manos y mira a la joven con fijeza). -Dígame, señorita Wangel, ¿cuál es su nombre?

HILDA. -Me llamo Hilda.

SOLNESS. (*Sin variar de actitud*) . -¿Hilda? ¿De veras?

HILDA. -¡Cómo! ¿no lo recuerda? Usted mismo me llamó así el día aquel en que fue tan malo...

SOLNESS . -¿Malo? ¿He sido yo malo?

HILDA. -Aquel día me llamó usted «mi pequeña Hilda», lo que no me agradó mucho.

SOLNESS. -¿Por qué?

HILDA. -En aquel momento, sobre todo... me parece que «princesa Hilda» habría sonado muchísimo mejor.

SOLNESS. -En efecto, princesa Hilda de... de... ¿Cómo se ha de llamar el reino de mi princesa?

HILDA. -¡Ah! ¡Ah!... Ya no me importan esas tonterías.

SOLNESS. (*Muy pensativo*) . -¡Es muy extraño! Cuánto más pienso en ello, más claramente veo que durante estos diez años he estado martirizándome a mí mismo...

HILDA. -¿Por qué?

SOLNESS. -Por acordarme de algo pasado ya, y que me parecía haber completamente olvidado... y jamás pude llegar a saber qué cosa era esa...

HILDA. -Haber hecho un nudo en el pañuelo.

SOLNESS. -¿Para no saber después qué significaba el nudo?

HILDA. -Cierto; no faltan prodigios en el mundo.

SOLNESS. (*Se levanta muy despacio*). -Me ha proporcionado un gran bien su venida...

HILDA. (*Fijando en él una profunda mirada*) . -¿Lo dice de veras?

SOLNESS. -Me encontraba tan solo, tan falto de ayuda... (*Muy despacio*) . Se lo diré: ¡Empieza a darme mucho miedo la juventud!

HILDA. -¿Es posible que tenga miedo a la juventud?

SOLNESS. -¡Oh! Sí, lo tengo. He aquí por qué vivo encerrado en mi casa. (*A media voz*) . La juventud vendrá a llamar a mi puerta, querrá venir hacia mí...

HILDA. -En este caso, creo que sería mejor salirle al encuentro, y abrirle la puerta de par en par.

SOLNESS. -¿Abrirle la puerta?

HILDA. -Y dejarle entrar en casa.

SOLNESS. -No, no, no; la juventud... es la expiación. La juventud avanza ya tremolando una nueva bandera.

HILDA. (*Se levanta, y lo contempla un momento*). -¿Puedo serle útil en algo maestro?

SOLNESS. -Sí, puede serme útil ahora, porque me parece que también viene usted a mí

tremolando una bandera nueva... ¡Juventud contra juventud!...

ESCENTA XIV

Dichos, y el DOCTOR

DOCTOR. *(Por la puerta de la antesala)* . -¿Todavía aquí, señorita Wangel?

SOLNESS. -Hemos estado hablando largamente... de cosas antiguas y de cosas nuevas.

DOCTOR. -¡Ah! ¿De veras?

HILDA. *(Irónicamente)*. -Ha sido cosa muy divertida, porque el señor Solness... tiene una memoria realmente fenomenal: lo recuerda todo, todo, hasta las pequeñeces más insignificantes..

ESCENTA XV

Dichos, y la señora SOLNESS

SRA. SOLNESS. *(Por la derecha)*. -Señorita Wangel, ya tiene arreglada la habitación.

HILDA. -¡Oh! Gracias; es usted muy amable...

SOLNESS. *(A su mujer)* . -¿Has preparado uno de los aposentos de los niños?

SRA. SOLNESS. -Sí, el del medio. Vaya, ahora a la mesa.

SOLNESS. -¡Vamos! Hilda dormirá esta noche en una cama de niña.

SRA. SOLNESS. *(Mirándolo)*. -¿Hilda?

SOLNESS. -Sí, la señorita Wangel se llama Hilda. La conocí cuando era muy pequeña.

SRA. SOLNESS. -¿De veras, Halvard?... Pero, vamos, vamos ya; la mesa está preparada. *(Toma el brazo del doctor; Hilda, mientras tanto, ha recogido sus efectos de viaje)*.

HILDA. *(En voz baja)*. -¿Es verdad lo que me ha dicho? ¿Cree que le puedo servir de algo?

SOLNESS. - Sí; usted es la mujer que me faltaba.

HILDA. *(Le mira un momento y luego palmoteando)*. -¡Oh! ¡alegría... hoy triunfo!

SOLNESS. -¿Qué dice?

HILDA. - ¡Que ya tengo mi reino!

SOLNESS. -¡Hilda!...

HILDA. *(Fuertemente emocionada)*. -Que lo tengo... no; he querido decir que casi lo tengo. *(Vase por la derecha, y Solness la sigue)*.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Pequeña sala amueblada con relativa elegancia, en casa de Solness. Al frente, gran puerta vidriera que da a la terraza y al jardín. A la derecha, formando ángulo obtuso, una gran ventana, con muchas flores en el alféizar. A la izquierda, formando ángulo también, una pequeña puerta. A la derecha una consola, con espejo encima y muchas plantas y flores, artísticamente dispuestas. En el lado opuesto un sofá, con una pequeña mesa delante y algunas sillas; junto al sofá una pequeña librería. En el centro una mesa y varias sillas.

ESCENA PRIMERA

SOLNESS, la señora SOLNESS y KAIA.

Solness, sentado junto a la mesa del centro está examinando los dibujos de Ragnar. La señora Solness va de un lado a otro, despacio, cuidando y arreglando las flores; viste de negro, y tiene sobre una silla el sombrero, la manteleta y la sombrilla. De vez en cuando, Solness levanta los ojos y la sigue disimuladamente con la mirada. Después de un rato de silencio, KAIA aparece en la puerta de la izquierda.

SOLNESS. *(Volviendo la cabeza para mirar a Kaia)*. -¡Ah! ¿estaba usted aquí?

KAIA. -Entré solamente a decirle...

SOLNESS. -Sí, está bien. ¿Ragnar ha venido?

KAIA. -Todavía no. Ha debido quedarse en casa esperando al médico; pero vendrá en seguida, para preguntarle sí...

SOLNESS. -¿Cómo se encuentra hoy el viejo?

KAIA. -Mal. Por eso le ruega, que le dispense si se ve obligado a permanecer en la cama todo el día.

SOLNESS. -Está bien, y no se apure por eso... Ya puede usted ir a su trabajo.

KAIA. -Voy... *(Sin moverse)* . ¿Desea usted hablar con Ragnar en cuanto llegue?.

SOLNESS. -No, no tengo nada que decirle. *(Vase Kaia, y Solness sigue examinando los dibujos. La señora Solness continúa también entreteniéndose con las flores)* .

ESCENA II

SOLNESS y la señora SOLNESS

SRA. SOLNESS. -¡Quién sabe si morirá también éste!...

SOLNESS. *(Mirándola)*. -¡Cómo éste!... ¿Qué significa?...

SRA. SOLNESS. -¡Ah! ¡Si pobre anciano!... Morirá pronto... tú has de verlo, Halvard.

SOLNESS. -Querida Alina, ¿no habías dicho que deseabas salir un rato?

SRA. SOLNESS. -Sí, efectivamente, lo había dicho... *(Continúa arreglando las flores)*.

SOLNESS. *(Inclinado sobre los dibujos)*. - ¿Duerme todavía?

SRA. SOLNESS. *(Mirándole)*. -¿Quién? ¿la señorita Wangel?

SOLNESS. *(Con indiferencia)*. -Sí, querida; de la señorita Wangel hablaba.

SRA. SOLNESS. -Hace ya un rato que se ha levantado.

SOLNESS. -¡Ah! ¿sí?

SRA. SOLNESS. -Cuando entré en su habitación, estaba arreglándose los vestidos. *(Se coloca ante el espejo y con calma empieza a ponerse el sombrero. Pausa breve).*

SOLNESS. -Ya hemos podido aprovechar, Alina, uno de los aposentos de los niños.

SRA. SOLNESS. -Es verdad.

SOLNESS. -Lo cual siempre es preferible a verlos todos vacíos.

SRA. SOLNESS. -Porque es un vacío verdaderamente horrible, tienes razón.

SOLNESS. *(Cierra la cartera y se acerca a su mujer).* -¡Ya verás, Alina, como de hoy en adelante todo nos saldrá mejor! La vida se deslizará mucho más alegre, más fácil... especialmente para ti.

SRA. SOLNESS. *(Con extrañeza).* -¿De hoy en adelante?

SOLNESS. -Sí, créeme Alina...

SRA. SOLNESS. -¿Lo dices porque ha venido ella?...

SOLNESS. *(Disimulando)* . No. Me refería, es claro... a nuestra próxima instalación en la casa nueva.

SRA. SOLNESS. -¡Ah! ¿Crees, Halvard, que nos irá mejor en la casa nueva? *(Toma la manteleta)* .

SOLNESS. -No lo dudo siquiera. Y hasta creo que, en el fondo, tú piensas lo mismo que yo.

SRA. SOLNESS. -No me inspira la menor confianza la casa nueva.

SOLNESS. *(Contrariado)* . -¡No me agrada tanto pesimismo! Ya sabes que la casa la he construido especialmente para ti. *(Intenta ayudarle a ponerse la manteleta)* .

SRA. SOLNESS. *(Rechazando la ayuda)* . -¡Oh! No... tú haces demasiado por mí.

SOLNESS. *(Con alguna violencia)* . - No, no me hables de ese modo, Alina... ya sabes que no lo puedo soportar.

SRA. SOLNESS. -Bueno, pues, no te diré nada más, Halvard.

SOLNESS. -Lo que yo te aseguro es que estaremos mucho mejor en la casa nueva.

SRA. SOLNESS. -¿Que estaré mejor?... ¿y lo dices tú?

SOLNESS. -Cierto, cierto, yo te lo digo, porque allí tendrás muchas cosas... muchas cosas que te recordarán la casa paterna.

SRA. SOLNESS. -¿La casa de mi padre y de mi madre?... ¿La que consumió el fuego?

SOLNESS. *(Con voz sorda)* . -Sí, pobre Alina; ¡aquél fue para ti un golpe tremendo!

SRA. SOLNESS. *(Llorando)* . -Construye cuántas casas quieras, Halvard... jamás harás una que me agrade.

SOLNESS. *(Andando de un lado a otro)* . -Bien, bien, entonces, en nombre de Dios té lo ruego, no hablemos más de eso.

SRA. SOLNESS. -No será porque lo hagamos con mucha frecuencia, porque tú lo evitas siempre que puedes...

SOLNESS. *(Deteniéndose y mirándola un momento)* . -¿Yo?... ¿Y por qué había de hacerlo si no?...

SRA. SOLNESS. -Lo sé perfectamente, Halvard. Es para evitarme en lo posible, todo mal rato, perdonándome...

SOLNESS. *(Que no ha comprendido)* . -Perdonarte a ti, Alina; pero, ¿es que hablas de ti?

SRA. SOLNESS. -De mí hablo.

SOLNESS. (*Como para sí mismo*) . -¡Esto más!...

SRA. SOLNESS. -Porque la casa vieja... Pero, ¡Dios mío! Lo que haya sido, haya sido... Puesto que esa desgracia tenía que ocurrir...

SOLNESS. -Sí, tienes razón: contra la fatalidad no se puede luchar... Así lo aseguran.

SRA. SOLNESS. -Lo malo es que el incendio tuvo consecuencias fatales... y esto, ¡esto es lo terrible!

SOLNESS. (*Con violencia*) . -No recordemos cosas desagradables, Alina.

SRA. SOLNESS. -No puedo. Deja que siquiera una vez me desahogue, pues el dolor ya es para mí absolutamente insoportable. Además, ¡jamás me perdonaré...!

SOLNESS. -¿Qué dices?

SRA. SOLNESS. -Puesto que yo tenía un doble deber que cumplir contigo y con los niños, debí haber sido más fuerte, no dejarme vencer tan fácilmente por el terror, ni llorar tanto por la casa incendiada. (*Juntando las manos*) . ¡Oh! ¡Si hubiera, podido, Halvard, si hubiera podido!...

SOLNESS. (*Conmovido, se le acerca pausadamente*). -Alina, prométeme que no volverás a dejarte dominar por tan malos pensamientos. Hazlo... por mí, te lo ruego.

SRA. SOLNESS. -¡Prometer! ¡Sólo se debe prometer lo que se puede cumplir!...

SOLNESS. (*Yendo de un lado para otro y retorciéndose las manos*). -¡Oh! Es para desesperarse. Aquí no llega un rayo de sol... ¡Jamás brilla la luz en esta casa!

SRA. SOLNESS. -Pero, ¿esto es una casa, Halvard?

SOLNESS. -¡Tienes razón!... Y Dios sólo sabe si piensas o no cuerdamente al suponer que en la casa nueva no hemos de tener más alegrías que en ésta.

SRA. SOLNESS. -No las tendremos, no. Como aquí, hemos de encontrar en ella el mismo vacío, el mismo silencio...

SOLNESS. (*Violento*). -Entonces, ¿por qué la hemos construido? ¿Me lo puedes decir?

SRA. SOLNESS. -Eso debes tú saberlo mejor.

SOLNESS. (*Mirándola con recelo*). -¿Qué quieres decir, Alina?

SRA. SOLNESS. -¿Yo?

SOLNESS. -Sí, dices cosas tan extrañas, que parece que hablas con segundas intenciones.

SRA. SOLNESS. -No; no creas semejante cosa.

SOLNESS. (*Acercándose a ella*). -Vaya... sé bien lo que digo. Veo y oigo perfectamente, Alina; no lo dudes.

SRA. SOLNESS. -Pero, ¿qué dices?

SOLNESS. (*Poniéndosele delante*). -¿No has advertido que mis palabras más inocentes llevan siempre oculta una intención maliciosa?

SRA. SOLNESS. -No he observado nada de eso.

SOLNESS. ¡Bah! No hay de qué asombrarse, Alina. De un enfermo... de un...

SRA. SOLNESS. (*Asustada*). -¿Enfermo?... ¿Estás enfermo, Halvard?

SOLNESS. -De un hombre medio simple, o completamente loco, como mejor te agrade...

SRA. SOLNESS. (*Se apoya en una silla en la que se sienta luego*). -¡Halvard!.. ¡Por Dios!...

SOLNESS. -Los dos estáis equivocados, tú y el doctor... Yo no estoy loco, no... (*Anda de un lado a otro; la señora Solness lo sigue con la mirada. Después Solness se acerca a ella, más calmado*). En el fondo... en realidad, no tengo nada.

SRA. SOLNESS. -¿Por qué hablas así, entonces?

SOLNESS. -No sé por qué, no me lo explico, pero de vez en cuando siento en la conciencia algo así como el peso terrible de una gran culpa...

SRA. SOLNESS. -¡Tú culpable!... ¿y contra quién, Halvard?

SOLNESS. (*Conmovido*). -Contra ti, Alina.

SRA. SOLNESS. (*Con pausa*). -Expílicate, porque no comprendo... .

SOLNESS. - No es nada. Jamás me he portado mal contigo... sí acaso habrá sido inconscientemente, sin querer. Y, sin embargo, siento en la conciencia el peso de una culpa inmensa.

SRA. SOLNESS. -¿Y es contra mí?

SOLNESS. -Especialmente contra ti.

SRA. SOLNESS. -Entonces, ¿será verdad que estás enfermo, Halvard?

SOLNESS. (*Tristemente*). -Esto debe de ser, sin duda. (*Mira hacia la puerta de la derecha, que se abre*). ¡Ya entra la luz! (*Entra Hilda, que ha cambiado de indumentaria y lleva la falda larga*).

ESCENA III

Dichos, e HILDA

HILDA. -¡Buenos días, maestro!

SOLNESS. (*Saludando*). -¿Ha descansado usted bien?

HILDA. -Sí, admirablemente; como en una cunita. Me metí en la cama y me quedé quieta como... como una princesa.

SOLNESS. (*Sonriendo*). -¿Con tranquilidad de conciencia?

HILDA. -No tengo ningún remordimiento.

SOLNESS. -¿Y ha soñado?

HILDA. -Sí; he soñado cosas terribles.

SOLNESS. -¿De veras?

HILDA. -He soñado, nada menos, que me precipitaba en un profundo y horroroso abismo. ¿No ha soñado usted alguna vez algo parecido?

SOLNESS. -Sí, algunas veces.

HILDA. -Se experimenta una sensación espantosa y atrayente al mismo tiempo. Caer, caer siempre.. .

SOLNESS. -Se siente frío en el corazón, ¿no es verdad?

HILDA. -Y una se hace un verdadero ovillo entre las sábanas...

SOLNESS. -Cierto, cierto...

SRA. SOLNESS. (*Tomando la sombrilla*) . -Halvard, me marchó... (*A Hilda*). No olvidaré lo que

usted necesita...

HILDA. (*Intentando abrazarla*). -¡Oh! ¡mi querida señora Solness, qué amable es usted! ¡Mil gracias por todo!

SRA. SOLNESS. (*Rehuyendo el abrazo*). -No vale la pena; cumplo mi deber gustosamente.

HILDA. - Me parece que podría salir a la calle así... ¿No es verdad que he sabido arreglar bien mi traje?

SRA. SOLNESS. -Debo decirle con franqueza que no me parece del todo corriente; las gentes la mirarían a usted con verdadera sorpresa.

HILDA. (*Indiferente*) -¿Nada más que eso?

SOLNESS. (*Malhumorado*). -Podría creer la gente que está usted loca.

HILDA. -¿Loca?... ¿Hay muchos locos en la ciudad?

SOLNESS. (*Golpeándose la frente*) . -Aquí está uno.

HILDA. -¿Usted, maestro?

SRA. SOLNESS. -¡Pero Halvard!...

SOLNESS. -¿No lo ha advertido usted todavía?

HILDA. -Hasta ahora, no. (*Reflexionando un poco y sonriendo*) . Pero, espere un momento... ¡Oh, sí... cierto!...

SOLNESS. -¿Lo oyes, Alina?

SRA. SOLNESS. -¿Qué ha observado usted, señorita?

HILDA. -No lo diré ahora.

SOLNESS. -¡Ah! Dígalo, dígalo, por favor.

HILDA. ¡Bah!... No soy tan loca.

SRA. SOLNESS. -La señorita Wangel te lo dirá, seguramente, cuando esté contigo a solas.

SOLNESS. -¿Lo crees así?

SRA. SOLNESS. -¡Claro!... Puesto que la conoces desde hace tantos años, desde cuando era todavía una niña... Recuerdo que me lo dijiste... (*Vase por la izquierda*).

ESCENA IV **SOLNESS, e HILDA**

HILDA. (*Después de una pequeña pausa*). -Su esposa no me quiere mucho a mí.

SOLNESS. -¿Ha notado usted algo?

HILDA. -¿Acaso no lo ha notado usted también?

SOLNESS. -Alina se ha vuelto algo huraña de poco tiempo a esta parte...

HILDA. -¡Ah! ¿De veras?

SOLNESS. -Pero cuando la conozca mejor... se convencerá usted de que en el fondo es muy buena... muy buena.

HILDA. -Pues, si es tan buena como dice, ¿por qué está hablando siempre de deberes?

SOLNESS. -¿De deberes?

HILDA. -Sí; cuándo dijo que iba a comprar algo para mí, ¿por qué agregó que lo hacía por deber?... ¡Oh, no puedo soportar esa palabra infamante y odiosa!

SOLNESS. -¿Por qué es eso?

HILDA. -Porque es una palabra fría, hueca, punzante. ¡Deber, deber, deber!... ¿No le parece a usted que hiere el alma?

SOLNESS. -No se me hubiera ocurrido nunca...

HILDA. -Pues, si su esposa es tan buena como usted asegura, ¿por qué habla siempre así?

SOLNESS. -Es un modo de hablar; todo el mundo habla lo mismo.

HILDA. -Hubiera podido decir que lo hacía porque me ama mucho; porque me quiere... Eso es; algo que revele afecto, amistad, amor... ¿entiende?

SOLNESS. (*Mirándola*). -¿Desea usted que se la trate así?

HILDA. -Lo deseo... lo quiero. (*Da vueltas por la estancia y finalmente se detiene ante la librería*). Hay aquí muchos libros.

SOLNESS. - Sí, de vez en cuando compro alguno.

HILDA. -¿Y los lee todos?

SOLNESS. -Antes leía mucho... ¿Y usted lee?

HILDA. -¡Oh! Jamás he podido comprender lo que dicen los libros... Ahora ya no leo.

SOLNESS. -A mí me ocurre lo mismo.

HILDA. (*Se acerca a la mesita, abre la carpeta y mira los planos*). -¿Todo esto lo ha dibujado usted?

SOLNESS. -No, un joven ayudante que tengo aquí.

HILDA. -¿Un discípulo suyo?

SOLNESS. -Sí, algo ha aprendido de mí.

HILDA. (*Se sienta*). -¡Debe ser muy inteligente! (*Contempla un rato uno de los dibujos*).

SOLNESS. -No tanto como usted supone; pero cumple bien su cometido...

HILDA. -¡Oh, sí, debe ser muy inteligente!

SOLNESS. -¿Lo deduce usted de esos dibujos?

HILDA. -¡Bah! No me ocupo en esas tonterías; pero si ha sido usted su maestro, seguramente...

SOLNESS. -¿Qué importa eso? He tenido muchos discípulos; pero no todos han aprendido lo bastante para salir igualmente airoso.

HILDA. (*Mueve la cabeza, mirándole*). -¿Y usted ha sido tan... simple? ¡Oh, esto sí que no lo entiendo!

SOLNESS. -¿Simple?... ¿Por qué le parezco simple?

HILDA. -Porque ha perdido el tiempo, enseñando a discípulos torpes.

SOLNESS. -¿Qué había de hacer, entonces?

HILDA. (*Se levanta y sonriendo*). -¡Ah! querido maestro; nadie más que usted había de construir y levantar torres muy altas. Usted sólo había de hacerlo todo, y por sí solo, ¿entiende?

SOLNESS. -¡Hilda!...

HILDA. -¿No es así?

SOLNESS. -Pero, ¿cómo se le ha ocurrido semejante idea?

HILDA. -¿La cree usted muy disparatada?

SOLNESS. -Nada de eso... Pero ya le puedo hablar a usted francamente, Hilda. En mis largas soledades, en mi propia conciencia, he luchado no pocas veces con la idea que acaba usted de expresar.

HILDA. -¡Me parece naturalísimo!

SOLNESS. (*Mirándola sorprendido*). -Pero, ¿cómo ha podido, de un solo golpe, descubrir cuál es mi gran preocupación?

HILDA. -¡Oh!... ¡No era muy difícil!

SOLNESS. -Entonces, ¿por qué, no ha mucho, me ha juzgado usted loco?

HILDA. -Pensaba cosas muy distintas en aquel momento.

SOLNESS. -¿Qué cosas eran ésas?

HILDA. -¿Qué le importa a usted?

SOLNESS. (*Apartándose de ella*) . -Bien, como guste. (*Se detiene junto a la ventana*). Venga... Verá...

HILDA. (*Acercándose*) -¿Qué?

SOLNESS. -Allá, en el fondo del jardín...

HILDA. -¿Aquella casa nueva?

SOLNESS. -Todavía no está completamente terminada.

HILDA. -¿Aquella que tiene una torre muy alta?... ¿Es ésa su nueva casa?

SOLNESS. -Sí.

HILDA. -¿Piensa trasladarse pronto a ella?

SOLNESS. -Sí.

HILDA. (*Mirando hacia a fuera*) . -¿Tiene también aposentos para los niños?

SOLNESS. -Tres, como aquí.

HILDA. -¿Pero, sin niños también?

SOLNESS. -¡Oh! ¡esos no los tendremos jamás!

HILDA. (*Con ironía*). -¿No tenía yo razón?

SOLNESS. -¿Cuándo?

HILDA. -Cuando dije que estaba usted algo... loco.

SOLNESS. -¡Ah! ¿En eso pensaba entonces?

HILDA. -Sí, en los aposentos de los niños, en que he dormido.

SOLNESS. -En algún tiempo los tuvimos... Alina y yo.

HILDA. (*Mirándole atentamente*) -¿Sí?

SOLNESS. -Dos, de la misma edad.

HILDA. -¿Serían gemelos, entonces?

SOLNESS. -Gemelos, eso es... hace ya once... no, doce años.

HILDA. *(Con mucha pausa)*. -Y los dos son... ¿No tienen ya esos hijos?

SOLNESS. *(Conteniendo su emoción)*. -Sólo lo tuvimos durante tres solas semanas. *(Suspira)*. ¡Qué bien ha hecho en venir, Hilda! Al fin, tendré alguien con quien hablar de esas cosas.

HILDA. -¿No puede hablar... con ella ?

SOLNESS. - No tanto como yo quisiera, no tanto como yo necesito. *(Con tristeza)*. ¡Ni de esas cosas ni de otras muchas tampoco!

HILDA. *(Recelosa)*. -¿Y para eso... me dijo ayer que tenía necesidad de mí?

SOLNESS. -Efectivamente, así era ayer... Hoy han variado mucho las cosas... *(Transición)*. Venga aquí, Hilda, sentémonos, usted en el sofá, de manera que domine todo el jardín. *(Hilda se sienta; Solness acerca a ella una silla)*. ¿Está usted dispuesta a escucharme? *(Se sienta)*.

HILDA. -¡Oh, sí, sí... con mucho gusto!

SOLNESS. -En ese caso, voy a decírselo todo.

HILDA. -Señor Solness, piense que en este momento tengo ante mis ojos el jardín y.. Hable, hable ahora.

SOLNESS. *(Señalando con la mano en dirección a la ventana)* -Allá, sobre aquella colina... donde está ahora la casa nueva...

HILDA. -¿Qué?

SOLNESS. -Allá pasamos, Alina y yo, los primeros años de nuestro matrimonio. En aquel sitio había en otro tiempo una casa vieja, que pertenecía a la madre de Alina, y que nosotros heredamos, juntamente con todo ese inmenso jardín.

HILDA. -¿Y esa casa vieja tenía también una torre?

SOLNESS. -No... Exteriormente era fea, ennegrecida por los años; pero el interior era limpio y hermoso.

HILDA. -¿Y la casucha fue derribada?

SOLNESS. -La destruyó un incendio.

HILDA. -¿Por completo?

SOLNESS. -Sí.

HILDA. -¿Aquel incendio sería para usted una gran desventura?

SOLNESS. -Según... Como constructor, comenzó precisamente mi fortuna en aquella época y empezó mi nombre a conquistar fama.

HILDA. -Pues...

SOLNESS. - Es que, precisamente entonces, habían nacido nuestros dos angelitos... tenían muy pocos días.

HILDA. -¡Ah! los dos gemelos...

SOLNESS. -Eran muy fuertes, muy sanos, cuando vinieron al mundo. Crecían a ojos vistas... ¡oh! ¡Era aquello un placer inmenso!

HILDA. -Todas las criaturas son lo mismo en los primeros tiempos.

SOLNESS. -Era el espectáculo más hermoso del mundo ver a Alina en medio de nuestros dos hijos... Pero, de pronto, una noche estalló el incendio.

HILDA. *(Con ansiedad)*. -¿Cómo fue?... ¿Pereció alguien?

SOLNESS. -No, por fortuna; pudimos salvarnos todos.

HILDA. -¿Entonces... ?

SOLNESS. -Alina tuvo un miedo terrible. El susto, la huida precipitada... y, además de esto, él vernos obligados en una noche glacial a sacar de casa a Alina y a los dos niños poco menos que desnudos...

HILDA. -Y los pobrecitos no podrían soportar...

SOLNESS. -Sí, pero Alina enfermó, y a pesar de ello empeñóse en seguir amamantando a los niños, como antes... Decía que éste era su deber. Entonces los pobres angelitos... *(Retorciéndose las manos)*. ¡Ah! entonces...

HILDA. -¿No lo pudieron resistir?

SOLNESS. -No... no lo resistieron. ¡La leche de su madre les mató!

HILDA. -¡Eso le habrá hecho sufrir muchísimo!

SOLNESS. -¡Oh! ¡sí, he sufrido mucho; pero Alina ha sufrido más, mil veces más! *(Cerrando los puños)*. ¡Oh!... ¡Y pensar que en el mundo han de ocurrir cosas tan horribles! *(Transición)*. Desde el día que perdí a mis hijos no he vuelto a construir iglesias ni campanarios, sino contra mi voluntad.

HILDA. -¿De manera que le repugnaría mucho levantar la torre de nuestra vieja iglesia?

SOLNESS. -¡Oh, sí, mucho! Todavía recuerdo qué grande fue la alegría que experimenté al terminarla.

HILDA. -También lo recuerdo yo...

SOLNESS. -Ahora, no quiero ya construir iglesias ni campanarios.

HILDA. -Solamente casas que sirvan de habitación a los hombres.

SOLNESS. -Eso es, casas para morada de los hombres, Hilda, y nada más.

HILDA. -Sí, pero casas con torres muy altas, muy altas...

SOLNESS. -Naturalmente... cuando se pueda. *(En tono más ligero)*. Como decía... aquel incendio labró mi fortuna, como constructor, se entiende.

HILDA. -¿Por qué no se hace llamar arquitecto, como los otros?

SOLNESS. -No he estudiado bastante. Cuanto sé, lo he aprendido por mí solo.

HILDA. -Pero eso no le ha impedido ir muy lejos.

SOLNESS. -Gracias al incendio. Casi todo el terreno que ocupaba el jardín lo destiné a construcciones, dividiéndolo en pequeñas parcelas y levantando en ellas casitas según mi fantasía. Desde entonces, he visto mi camino sembrado de flores.

HILDA. *(Mirándolo fijamente)*. -Usted debe ser un hombre muy afortunado, puesto que le sale todo bien.

SOLNESS. *(Con tristeza)*. -¡Ah! Eso mismo dice todo el mundo.

HILDA. -Sí, y creo que su felicidad sería completa si no pensara tanto en aquellas dos pobres criaturitas.

SOLNESS. -¡Ah! Pobres hijos míos... No es fácil que los olvide nunca.

HILDA. (*Con cierta nerviosidad*). -¿De tal modo ocupan su pensamiento, después de haber transcurrido tantos años?...

SOLNESS. (*Mirándola fijamente*). Ha dicho usted que yo soy un hombre afortunado...

HILDA. -Sí, es indudable... si olvidamos *eso*.

SOLNESS. -Mientras yo le hablaba del incendio...

HILDA. -¿Qué?

SOLNESS. -¿No se le ha ocurrido una idea, una idea que ha de haberle impresionado de un modo singular?

HILDA. (*Reflexionando*). -No. Confieso que...

SOLNESS. (*Con voz sorda, pero marcando mucho las palabras*). -Que debe a ese incendio el haber podido construir casas para los demás, casas alegres, ventiladas y con buena luz, donde se viva bien, donde padres e hijos pasen la existencia en la más profunda convicción de que verdaderamente es una fortuna vivir en el mundo y, sobre todo, vivir los unos para los otros... así en las casas pobres como en las más ricas.

HILDA. (*Con viveza*). -¿Pero, no es también para usted una gran suerte el haber construido tan espléndidas moradas?

SOLNESS. -¡No olvide, Hilda, el precio, el precio terrible con que pagué tanta fortuna!

HILDA. -¿No habría algún medio de desechar ese torturador recuerdo?

SOLNESS. -No lo hay... Para poder dar a los demás moradas semejantes, he tenido yo que renunciar a poseer una. Quiero decir, una casa con hijos y en la que el padre y la madre puedan vivir perennemente felices.

HILDA. (*Muy seria*). -¿De veras ha renunciado a tales alegrías? ¡Para siempre!

SOLNESS. (*Levantando lentamente la cabeza*). -Sí, éste ha sido el precio de lo que usted llama, «mi felicidad, mi fortuna». (*Respira fuerte*). ¡Fortuna! ¡Felicidad!... ¡Bien caras me han costado, Hilda!

HILDA. -¿Pero y mañana?...

SOLNESS. -¡Oh! No, no existe el mañana para mí. Siempre será lo mismo...

HILDA. -Entonces, ¿por qué construye aposentos para niños?

SOLNESS. (*Con gravedad*). -¿No ha observado, Hilda, que en lo imposible hay siempre algo que cautiva, que atrae?

HILDA. (*Reflexionando*). -¿En lo imposible, dice? (*Con viveza*). Sí, es cierto. ¿También sabe usted esto?

SOLNESS. -También lo sé.

HILDA. -En usted hay algo sobrenatural.

SOLNESS. -¿Qué quiere decir con esto?

HILDA. -No sé expresarlo de otro modo.

SOLNESS. (*Se levanta*). -Realmente, es mucha verdad lo que usted ha dicho. (*Con fuerza*). Pero es que uno se vuelve hasta mago... cuando se tiene fortuna en todo, en todo...

HILDA. -No entiendo...

SOLNESS. -Présteme atención, Hilda: todo cuanto he hecho, las casas que he construido, las torres que he levantado, todo cuanto ha salido de mis manos sólido y hermoso... sublime... (*Cerrando los puños*). ¡Oh! ¿No es cosa terrible el pensar...?

HILDA. -¿Pensar qué?

SOLNESS. -Que todo eso he tenido que comprarlo con mi felicidad. Y no solamente con mi felicidad, sino también con la de otras personas. Sí, Hilda, esta es la verdad. Esto es lo que me ha costado mi fama de artista... y aun no es esto todo. ¡Día por día, he de estar viendo aún cómo siguen pagando!

HILDA. (*Se levanta y lo mira fijamente*) . -En este momento, piensa usted en... en *ella*.

SOLNESS. -Sí, pienso mucho en Alina, porque Alina tenía una misión que cumplir, como yo (*Con voz temblorosa*) . Pero ha tenido que renunciar a su vocación por completo... para que yo pudiera llegar a esa especie de triunfo. Porque ha de saber usted que Alina construía también... a su manera.

HILDA. -¿Alina? ¿de veras?

SOLNESS. (*Moviendo la cabeza*) . -No se trataba, entiéndalo bien, de construir, como yo, casas y torres.

HILDA. -¿Qué construía, entonces?

SOLNESS. (*Con honda emoción*) . -Almas... Hilda, almas de niños sanos, hermosos, que más tarde pudieran llegar a ser almas de hombres fuertes y grandes amadores de la verdad y de la justicia. Esta era la misión de Alina... y hoy está todo eso bajo tierra, inservible, inútil para siempre... como las cenizas de una casa incendiada.

HILDA. -¿Y aunque así fuera?...

SOLNESS. -¡Oh! Es así, no lo dude, lo sé, lo sé perfectamente.

HILDA. -De todos modos, usted no es culpable.

SOLNESS. (*La mira fijamente y mueve con pausa la cabeza*) . -Precisamente ésta es la duda horrible, la duda que me atormenta noche y día.

HILDA. -¿Qué duda?

SOLNESS. -Suponga por un momento que yo sea culpable... de uno o de otro modo.

HILDA. -¿Usted... culpable del incendio?

SOLNESS. -De todo lo que ocurrió entonces. Y aun siendo inocente...

HILDA. -¡Oh! ¡Señor Solness, para hablar usted así... casi es necesario que esté enfermo!

SOLNESS. -¡Bah!... Creo que no he de curarme jamás. (*Hilda se pasea, mientras Ragnar abre cautelosamente la puerta de la izquierda*) .

ESCENA V

Dichos, y RAGNAR

RAGNAR. (*Al ver a Hilda*) . -¡Oh!... perdóneme, señor Solness... (*Va a retirarse*) .

SOLNESS. -No, no; espere un poco. Será mejor que concluyamos... pronto.

RAGNAR. -También yo quisiera...

SOLNESS. - Según parece, ¿su padre no está mejor?

RAGNAR. -El pobre anciano va perdiendo fuerzas cada día, lo que me obliga a suplicarle con nueva insistencia que se digne escribir en alguno de mis dibujos siquiera una palabra de elogio... algo que pueda mostrar a mi padre, antes que...

SOLNESS. -No quiero oír hablar más de esos dibujos.

RAGNAR. -¿Es que no los ha... visto usted todavía?

SOLNESS. -Si, los he visto.

RAGNAR. -Entonces, ¿es que no valen nada? ¿Es que no valgo yo nada tampoco?

SOLNESS. -Escúcheme, Ragnar; quédese aquí conmigo... cácese con Kaia, y, renunciando a sus locas ambiciones, serán ambos felices. Renuncie de una vez y para siempre a sus vanos deseos de trabajar por cuenta propia.

RAGNAR. -Está bien. Voy a llevar su respuesta a mi padre... Se lo he prometido. ¿Es esto lo que he de decir a mi pobre padre, antes que muera?

SOLNESS. (*Muy agitado*) -Dígaselo... dígame lo que quiera... pero sería mucho mejor, Ragnar, que no le dijera ahora nada. (*Con pesar*) . ¡No puedo hacer otra cosa!

RAGNAR. -En tal caso, ¿puedo llevarme los dibujos?

SOLNESS. -¡Tómelos! Sobre aquella mesa están.

RAGNAR. (*Dirigiéndose hacia la mesa*) . -¡Gracias!

HILDA. (*Poniendo la mano sobre la carpeta*) . -No, no; déjelos.

SOLNESS. -¿Por qué?

HILDA. -Deseo verlos.

SOLNESS. -¿No los ha visto ya? (*A Ragnar*). Déjelos, entonces.

RAGNAR. -Con mucho gusto.

SOLNESS. - Y vuelva al lado de su padre.

RAGNAR. -Puesto que me lo permite...

SOLNESS. (*Con exaltación*). -No vuelva a pedirme nunca imposibles... ¿Me comprende, Ragnar?...

RAGNAR. -Está bien... Dispénsame. (*Saluda y se retira por la puertecita. Hilda toma asiento en una silla cerca del espejo*)

ESCENA VI HILDA y SOLNESS

HILDA. (*Con aire de reproche*). -Lo que acaba usted de hacer no está bien.

SOLNESS. -¡Ah! ¿Usted lo cree?

HILDA. -Ha sido malo, muy malo, cruel y duro.

SOLNESS. -Es que no puede usted comprender lo que pasa por mí.

HILDA. -Es igual... Usted no debía obrar de esa manera.

SOLNESS. -¡Pero si usted misma decía no hace mucho que solamente yo tenía derecho a construir...!

HILDA. -Yo puedo decirlo; pero usted no.

SOLNESS. -Por lo contrario, yo más que nadie... Tenga en cuenta el precio que me costó llegar al lugar que ocupo.

HILDA. -¡Lo sé! Le ha costado la alegría de su casa... como usted dice.

SOLNESS. -La paz de mi espíritu...

HILDA. (*Se levanta*) . -La paz de su espíritu... (*Con voz penetrante*). Tiene usted razón, pobre

señor Solness, es verdad; usted supone que...

SOLNESS. (*Sonriendo*). -Vuelva a sentarse, Hilda. Todavía le he de contar algo muy ridículo.

HILDA. (*Se sienta*). -¿Qué será?

SOLNESS. -A primera vista parece muy ridículo, porque se trata, figúrese, de una grieta en la chimenea...

HILDA. -¿Y nada más?

SOLNESS. -Nada más, para comenzar. (*Acerca una silla a Hilda y se sienta*).

HILDA. (*Impaciente*). -¿Ha dicho usted una grieta en la chimenea?

SOLNESS. -Muchísimo antes del incendio había advertido ya semejante desperfecto, y siempre que salía al tejado iba a ver si continuaba igual.

HILDA. -¿Y siempre la encontraba igual?

SOLNESS. -Sí, porque como nadie más que yo lo sabía...

HILDA. -¿No se lo había dicho, entonces, a nadie?

SOLNESS. -No; a nadie.

HILDA. -¿Y no pensó nunca en repararla?

SOLNESS. -Si, lo pensé más de una vez; pero nunca me decidí a hacerlo. Cada vez que quise ocuparme en ello, parecía que una fuerza misteriosa me lo impedía. Hoy no, decía; lo haré mañana... Y el caso es que jamás hice nada.

HILDA. -Pero, ¿por qué tanto descuido?

SOLNESS. -Se me metió en la cabeza que por aquel agujero podía entrar la fortuna.

HILDA. (*Fijando la mirada en el espacio*) -¡Oh! ¡Debía ser una cosa emocionante!

SOLNESS. -¡Me era imposible... absolutamente imposible proceder de otra manera! ¡Me parecía aquello tan sencillo y tan natural! Yo hubiera querido que el incendio estallara en pleno invierno... antes de mediodía, porque entonces me habría encontrado fuera de casa, y Alina también. Los criados hubieran encendido fuego en la chimenea... para calentar las habitaciones...

HILDA. -¿A causa de la frialdad del tiempo...?

SOLNESS. -Eso es... y para que al volver Alina encontrara caliente la casa...

HILDA. -¿Alina es muy sensible al frío...?

SOLNESS. -Sí, mucho... Al acercarnos a casa hubiéramos visto humo... mucho humo...

HILDA. -¿Humo nada más?

SOLNESS. -Al principio, es claro... Luego, acercándonos más, habríamos visto que la casa toda era presa de las llamas... He aquí cómo hubiera querido que ocurriese.

HILDA. -¡Dios mío! ¿Y por qué no fue así?

SOLNESS. -Eso es, Hilda, ¿por qué?

HILDA. -¿Pero está usted bien seguro de que fue la grieta de la chimenea la causa del incendio?

SOLNESS. -No, nada de eso; nada tuvo que ver el maldito agujero con el incendio, estoy segurísimo.

HILDA. -¿Cómo?

SOLNESS. -El fuego comenzó en un armario de ropa que estaba en el extremo opuesto de la casa.

HILDA. -Entonces, ¿por qué viene con ese cuento del agujero de la chimenea?

SOLNESS. -¿Me permite usted llegar hasta el final, Hilda?

HILDA. -Adelante, pero con la condición de que diga cosas razonables.

SOLNESS. - Lo intentaré. (*Acerca más su silla a la de Hilda*).

HILDA. -Hable, pues.

SOLNESS. (*En tono confidencial*). -¿No cree usted que existen hombres especiales, extraordinarios, que tienen la gracia, el poder, la facultad de desear, de ambicionar, de querer una cosa con tanta fuerza, con tan firme voluntad que concluyen por obtenerla?

HILDA. (*Con mirada de iluminada*). -Sí, es verdad. Eso se verá algún día... si soy yo de los elegidos.

SOLNESS. -Pero por sí no pueden realizar grandes cosas, ¡oh, no! Se necesitan ayudantes y servidores para llegar arriba... y éstos jamás vienen, sin que se les llame mucho y con insistencia...

HILDA. -¿Y qué ayudantes y servidores son éstos?

SOLNESS. -Después se lo diré. Por ahora, hablemos sólo del incendio.

HILDA. -¿Cree usted que el incendio no habría estallado, si no lo hubiese deseado con tanta fuerza?

SOLNESS. -Si la casa hubiese sido del anciano Knut Brovik, no habría ardido jamás tan a propósito, pues él nunca supo llamar ayudantes y servidores. (*Se levanta muy agitado*). Ya ve, pues, Hilda, que yo tuve la culpa de que los pequeñuelos muriesen, como la tengo también de que Alina no haya sido jamás lo que ella hubiera querido ser.

HILDA. -¿Pero por qué vinieron esos... ayudantes y servidores? ¿Quién los llamó?

SOLNESS. -Los llamé yo, y a mi voluntad se sometieron todos. (*Con creciente agitación*). A esto es a lo que llama la gente «tener fortuna...» Voy a decirle la que se experimenta cuando se alcanza semejante fortuna... Es lo mismo que si tuviera abierta una llaga viva en el pecho, y los ayudantes y servidores arrancaran pedazos de piel a otras personas para cubrir esa llaga con ella. Sin embargo, mi llaga no se cura nunca, ¡nunca!... ¡Oh! ¡Si supiese usted de qué modo algunas veces siento arder la carne viva!

HILDA. (*Mirándolo atentamente*). -Usted se encuentra enfermo, señor maestro, muy enfermo.

SOLNESS. -Diga mejor que estoy loco... ¿Es eso lo que cree usted?

HILDA. -No, no creo que tenga enfermo el espíritu.

SOLNESS. -¿Pues qué?...

HILDA. -¿Quién sabe? Tal vez naciera usted ya con la conciencia débil.

SOLNESS. -¿La conciencia débil? ¿Qué nueva invención es ésta?

HILDA. -Quiero decir que su conciencia es tan sensible, tan delicada, que no puede resistir el menor choque, y es incapaz también de soportar el más pequeño peso.

SOLNESS. -¡Bah! Pues, ¿cómo ha de ser la conciencia? ¿Quiere usted decírmelo?

HILDA. -Desearía que su conciencia fuese... ¿cómo lo diré?

SOLNESS. -¡Ah sí; enérgica! Pero usted, ¿tiene muy enérgica la conciencia? Dígame...

HILDA. -Creo que sí. Al menos no he advertido lo contrario hasta ahora.

SOLNESS. -Será porque no habrá pasado por grandes pruebas.

HILDA. -Sin embargo, creo que no ha sido una cosa tan sencilla abandonar a mi padre, a quien quiero mucho.

SOLNESS. -¡Grande hazaña! Por un mes o dos...

HILDA. -Lo más probable es que no vuelva jamás a su lado.

SOLNESS. -¡Jamás! ¿Cuál ha sido la causa?...

HILDA. (*Entre seria y burlona.*) . -¿Pues qué? ¿Ha olvidado nuevamente que han pasado los diez años?

SOLNESS. -¡Bah! Diga mejor que en su casa no irían las cosas muy a su gusto.

HILDA. (*Muy seria*) . - Está aquí, en mi interior, lo que me arrojó de mi casa. Me sentí llamar, me sentí empujada hasta aquí. ¡Oh! ¡Era una cosa por demás atrayente y seductora!

SOLNESS. (*Con viveza*) . -¡Eso! ¡eso! En usted, Hilda, hay una misteriosa fuerza, exactamente como en mí. Y esta fuerza misteriosa, es la que mueve las potencias exteriores... Es preciso ceder a ella, de buen o de mal grado.

HILDA. -Casi diría que tiene usted razón.

SOLNESS. (*Paseándose*). -¡ O h! En el mundo, Hilda, hay muchos espíritus misteriosos a quienes no vemos jamás. (*Se para*) . Sí, hay espíritus buenos y los hay malos; los hay con cabellos rubios y con cabellos negros. ¡Si pudiéramos saber al menos con cuáles tenemos que entendernos! (*Reanuda el paseo*) . ¡Oh! ¡Entonces sería muy fácil arreglar la cosa!

HILDA. (*Siguiéndolo con la mirada*) . -¡Si al menos se tuviera una conciencia fuerte y sana...!

SOLNESS. (*Deteniéndose*). -Creo que, respecto a esto, la mayoría de los hombres son tan débiles como yo.

HILDA. -Es posible.

SOLNESS. (*Apoyándose en la mesa*) . -En los libros de leyendas... ¿Ha leído libros de leyendas?

HILDA. -¡Oh! sí, en los tiempos en que leía aún libros.

SOLNESS. -En los libros de leyendas se habla de ciertos piratas que iban a países lejanos a saquear e incendiar los pueblos y matar a los hombres...

HILDA. -Y a robar las mujeres...

SOLNESS. -Que retenían prisioneras en los barcos, y llevaban luego a sus casas, portándose como hombres realmente malos.

HILDA. (*Como abstraída*). -¡Debía ser aquello muy emocionante!

SOLNESS. (*Con sonrisa maliciosa*) . -Robar las mujeres, ¿no es verdad?

HILDA. -¡Ser robada!

SOLNESS. (*Mirándola*). -¡Oh! ¡perfectamente!...

HILDA. (*Ansiosa*) . -Pero, ¿a qué saca a colación los piratas?

SOLNESS. -¡Aquéllos sí que tenían robusta la conciencia! Y, cuando regresaban a sus casas, les quedaban aún fuerzas para comer y beber, y eran fáciles de contentar, como los niños. Y aquellas mujeres, luego, no querían abandonarlos ya,... ¿Comprende esto, Hilda?

HILDA. -Sí, lo comprendo perfectamente.

SOLNESS. -¿Hubiera usted vivido con un hombre así, brutal, violento?

HILDA. -Y hasta habría llegado a amarlo...

SOLNESS. - ¿Podría usted amar a un hombre así?

HILDA. -¡Oh! En amor no siempre es permitido elegir.

SOLNESS. (*Mirándola pensativo*). -Cierto, porque depende de la fuerza misteriosa que hay en nosotros.

HILDA. (*Sonriendo*). -De todos esos demonios que usted conoce tan bien, ¿cuáles son mejores?... ¿los rubios o los morenos?

SOLNESS. (*Con penetrante dulzura*). -Sólo deseo que... los mejores hagan para usted una buena elección.

HILDA. -La elección hecha está, definitivamente.

SOLNESS. (*Mirándola*). -Hilda, tiene usted mucho parecido a los hermosos pájaros del bosque.

HILDA. -Sin embargo, no llevo escondidas las garras.

SOLNESS. -¡Oh! Sí, en usted se descubre algo del ave de rapiña.

HILDA. -¡Esto más! (*Con violencia*). Bien, ¿y por qué no? ¿Por qué no he de buscar la presa que más me agrade? Si pudiera al menos atraparla con mis garras... ¡ah! si pudiera...

SOLNESS. -Hilda, ¿sabe lo que es usted?

HILDA. -Sí, una especie de pájaro extraño.

SOLNESS. - No, sino un día naciente... Cuando la contemplo, me parece que estoy viendo salir el sol.

HILDA. -Diga, señor maestro, ¿tiene seguridad de no haberme llamado nunca... en lo íntimo de su pensamiento?

SOLNESS. (*Con pausa y a media voz*) . -Casi me atrevería a asegurar que la he llamado.

HILDA. -¿Qué quería de mí?

SOLNESS. -Usted es la juventud, Hilda.

HILDA. -¿La juventud que le causa tanto miedo?

SOLNESS. (*Hace ligeramente que «sí» con la cabeza*). -Y, sin embargo, en el fondo aspiro a la juventud. (*Hilda se levanta, y toma la carpeta que está sobre la mesita*).

HILDA. -¿Son éstos los dibujos?...

SOLNESS. (*Bruscamente*) . -Déjelos... los he visto ya.

HILDA. -Sí; pero, tiene usted que escribir algo en ellos.

SOLNESS. -¡Oh! ¡No, jamás!

HILDA. -¡Pero, no sabe que aquel pobre viejo está muriéndose! ¿Por qué negarles este placer, a él y a su hijo, antes que se separen para siempre? Además, quizá estos planos puedan servirle para levantar una casa. ¿Quién sabe?

SOLNESS. -¡Ya lo creo! Seguramente se serviría de esos planos para la ocasión que ha sabido proporcionarse... ese señor.

HILDA. -Pues, entonces, ¿por qué no puede usted decir una mentira?

SOLNESS. (*Con vehemencia*) . -¡Que yo mienta!

HILDA. (*Dejando la carpeta*) . -¡Vaya! No me muerda por una causa tan insignificante. ¿Y es

usted el que habla de potencias misteriosas? Pues se porta como si fuera una de esas potencias... (*Mirando en torno*) . ¿Dónde tiene pluma y tinta?

SOLNESS. -Aquí no hay.

HILDA. (*Dirigiéndose hacia la puerta*) . -Pero habrá allá, en el despacho.

SOLNESS. -No se mueva, Hilda... Dice usted que yo debiera mentir. Es verdad, por el viejo debería hacerlo, porque le vencí, le aterró.

HILDA. -¿Cómo a los demás?

SOLNESS. -Necesitaba espacio para moverme... Pero no conviene de ningún modo que Ragnar se salga con la suya.

HILDA. -El pobre joven, no se saldrá, ciertamente, con la suya, si no sirve para nada...

SOLNESS. (*Se acerca a ella y la mira murmurando*) . - Si el joven Ragnar Brovik llegara a triunfar me aterraría a mí, me vencería... haría conmigo lo que hice yo con su padre.

HILDA. -¿Vencería? ¿Es capaz de vencer?

SOLNESS. -¡Oh! Sí, es indudable. Tiene juventud, y la juventud va a llamar a mi puerta para arruinar al gran constructor Solness.

HILDA. (*Despreciativamente*) . -¿Y por eso pretende usted cerrarle el camino? ¡Avergüencese, señor Solness!

SOLNESS. -Yo pagué el triunfo con mi sangre. Además, temo perder con Ragnar a mis ayudantes y servidores.

HILDA. -Bien; trabajará solo... No hay otro remedio.

SOLNESS. -Será inútil, Hilda. El cambio de fortuna ha de venir forzosamente; poco importa que sea antes o después. La expiación es inevitable. ¡Créalo!

HILDA. (*Con angustia, tapándose las orejas para no oír*) . -¡No hable así! ¿O es que intenta matarme, privándome de lo que amo más que la propia vida?

SOLNESS. -¿Qué es?

HILDA. -Verle a usted muy grande, con una corona en la mano, muy alto, muy alto... en lo más alto de una torre... Y ahora... ¿tiene usted un lápiz?

SOLNESS. (*Sacando una cartera*). Aquí hay uno.

HILDA. (*Dejando la cartera sobre la mesa delante del sofá*) . -Bien; siéntese ahora. (*Solness se sienta donde le indica Hilda, que se queda detrás, apoyándose en el respaldo de la silla*). Escriba, pero algo agradable, afectuoso... Puesto que ese antipático Roal... ¿no es así como se llama?

SOLNESS. (*Escribe algunas palabras, luego levanta la cabeza y mira a Hilda*). -Diga, Hilda...

HILDA. -¿Qué?

SOLNESS. -Durante los diez años que ha estado esperándome...

HILDA. -¿Qué?

SOLNESS. -¿Por qué no me ha escrito? Le hubiera contestado.

HILDA. (*Rápidamente*). -¡No, no, no!

SOLNESS. -¿Por qué?

HILDA. -Porque habría usted echado mis planes por tierra... Pero ahora se trata de que escriba algo aquí...

SOLNESS. - Es verdad...

HILDA. (*Mirándole escribir*) . -Escriba de buena gana, con todo su corazón. ¡Oh! ¡Cómo aborrezco a ese Roal!

SOLNESS. (*Escribiendo*). -¿No ha amado usted nunca?

HILDA. (*Con acritud*) . -¿Qué dice?

SOLNESS. -Le pregunto si ha amado usted a alguien.

HILDA. -A algún otro, querrá decir.

SOLNESS. (*Mirándola*). - Eso es, a algún otro...

HILDA. -¡Oh! Sí, ¡como estaba enojada con usted porque no volvía...!

SOLNESS. -¿De modo que ha amado a otro?

HILDA. -Un poquitín... quince días. Bien sabe usted cómo van esas cosas.

SOLNESS. -Hilda... ¿por qué ha venido?

HILDA. -No perdamos el tiempo en conversaciones inútiles. Aquel pobre viejo quizá esté muriéndose en este momento.

SOLNESS. -Responda, Hilda, ¿qué desea de mí?

HILDA. -Mi reino.

SOLNESS. -¡Bah!... (*Mira disimuladamente hacia la puerta de la izquierda y continúa escribiendo. Entra la señora Solness que lleva algunos paquetes*)

ESCENA VII

Dichos, y la señora SOLNESS

SRA. SOLNESS. -Traigo algunas cosillas para usted, señorita Wangel. Los paquetes grandes los traerán más tarde.

HILDA. -¡Oh! ¡Qué amable es usted, señora Solness!

SRA. SOLNESS. -No he hecho otra cosa que cumplir con mi deber.

SOLNESS. (*Después de leer lo que acaba de escribir*) . -¡Alina!

SRA. SOLNESS. -¿Qué quieres?

SOLNESS. -¿Has visto si ella... Kaia, estaba allá?

SRA. SOLNESS. -Está, sí; naturalmente.

SOLNESS. (*Guardando los dibujos en la carpeta*) . -Bien...

SRA. SOLNESS. -Cuando yo atravesé la sala, estaba en el escritorio, como siempre.

SOLNESS. (*Levantándose*). -Entonces, voy a entregarle esto y...

HILDA. (*Tomándole la carpeta*) . -¡Oh! No; déjeme a mí este placer. (*Va hacia la puerta, y antes de abrirla se vuelve*) . ¿Cómo se llama?

SOLNESS. -Fosli.

HILDA. -No, es demasiado frío ese nombre.

SOLNESS. -Llámela, entonces, señorita Kaia.

HILDA. (*Abriendo la puerta y llamando*) . -Señorita Kaia, venga aquí, pronto... El señor

Solness desea hablar con usted. (*Aparece Kaia en la puerta*) .

ESCENA VIII

Dichos, y KAIA

KAIA. (*Mirando a Solness con timidez*). -Aquí estoy.

HILDA. (*Entregándole la carpeta*) . -Kaia, tome esto... El señor Solness ha escrito aquí lo que usted tanto deseaba.

KAIA. -¡Al fin!...

SOLNESS. -Enséñeselo al viejo lo más pronto que le sea posible.

KAIA. -Voy ahora mismo a casa.

SOLNESS. -Sí, sí; y Ragnar podrá construir ya por su cuenta.

KAIA. -Permita usted que venga él a darle las gracias personalmente...

SOLNESS. (*Con acritud*) . -No, de ningún modo... dígaselo así de parte mía.

KAIA. - Pero, sí yo...

SOLNESS. -Y dígale también que de hoy en adelante ya no lo necesito, y a usted tampoco.

KAIA. (*Con pausa y temblorosa voz*) -¡Tampoco a mí!...

SOLNESS. -Ahora debe usted ocuparse en otras cosas, y que sea para bien de todos. Conque, váyase a casa con los planos, señorita Fosli, y Pronto, ¿lo ha entendido?

HAIA. (*Como antes*) . -Sí, señor Solness. (*Vase*).

ESCENA IX

SOLNESS, señora SOLNESS e HILDA

SRA. SOLNESS. -¡Dios mío, parece que está atontada esa muchacha!

SOLNESS. -¡Pobre niña!

SRA. SOLNESS. -¿Es verdad lo que he oído, Halvard? ¿Así los despides?

SOLNESS. -Sí.

SRA. SOLNESS. -¿También a ella?

SOLNESS. -¿No querías tú que la despidiera?

SRA. SOLNESS. -Pero, ¿cómo vas a arreglarte sin ella? Seguramente tendrás ya con quien reemplazarla, Halvard.

HILDA. (*Con ironía*) -Si alude a mí, le diré que no sirvo para estar en el escritorio.

SOLNESS. -Todo se arreglará, Alina... Ahora Conviene que ultimemos... Esta tarde ha de colgarse la corona en la casa nueva... (*Volviéndose hacia Hilda*) en lo más alto de la torre. ¿Qué le parece, señorita Hilda?

HILDA. (*Mirándole con radiante alegría*). - ¡Que será un hermoso espectáculo volver verle a tanta altura!

SOLNESS. -¡A mí!

SRA. SOLNESS. -¡Por Dios, señorita Wangel... ¡Vaya una ocurrencia! ¿Cómo quiere que mi marido suba a lo alto de la torre, padeciendo de vértigos?

HILDA. -¡Vértigos!... No, es imposible.

SRA. SOLNESS. -Le digo que sí, señorita.

HILDA. -Pero si yo lo he visto allá arriba,... en la cima de una torre altísima.

SRA. SOLNESS. -Así me lo dijeron. Pero ahora no es posible...

SOLNESS (*Con violencia*). -¡Imposible, imposible! ¿Por qué ha de ser imposible? Subiré.

SRA. SOLNESS. -¿Cómo te atreves a decir semejante cosa, Halvard, si apenas te asomas a un balcón, ya crees que vas a caer a la calle?

SOLNESS. -Esta tarde tendrás una sorpresa.

SRA. SOLNESS. (*Con angustia*). -¡No, no, no!... ¡Dios me guarde! Escribiré al doctor; él sabrá, disuadirte de esa descabellada idea.

SOLNESS. -Pero, Alina...

SRA. SOLNESS. -¡Oh! Sí, porque estás enfermo, Halvard; no puede ser otra cosa... ¡Dios mío!... ¡Dios mío! ... (*Vase de prisa por la derecha*).

ESCENA X **SOLNESS e HILDA**

HILDA. (*Mirándole fijamente*). -¿Es verdad, o no?

SOLNESS. -¿Que padezco de vértigos?

HILDA. -¿Que... *mi* constructor no se atreve... que no es capaz de subir a lo alto de las torres que construye?

SOLNESS. -¿Lo cree usted así?

HILDA. -Así.

SOLNESS. -Entonces, no se le escapa nada... ni siquiera lo que está más oculto en mi conciencia.

HILDA. (*Mirando hacia la ventana*). -Allá arriba, allá arriba... en lo más alto...

SOLNESS. (*Acercándose*). -Allá arriba... en lo más alto de la torre, podría habitar usted, Hilda... donde estaría como una princesa.

HILDA. (*Entre seria y burlona*). -Sí, precisamente eso es lo que me había usted prometido.

SOLNESS. -¿De veras se lo prometí?

HILDA. -¿Lo duda? Me dijo que yo sería princesa, que me daría un reino... Y ahora... ¡oh!

SOLNESS. (*Mirándola atentamente*). -¿Tiene absoluta seguridad de que no fue un sueño, una alucinación?

HILDA. (*Provocativa*). -¡ Qué!... ¿No fue como digo?

SOLNESS. -No lo sé (*Con pausa*). Lo único que recuerdo en este momento es que...

HILDA. -¿Qué?

SOLNESS. -Que, si no lo hice... debí hacerlo.

HILDA. (*Con fuerza*). -¡No, no! ¡El constructor Solness no padece de vértigos!

SOLNESS. (*Con resolución*). -Esta tarde colgaremos la corona... princesa Hilda.

HILDA. -En lo más alto de la casa nueva.

SOLNESS. -En lo más alto del nuevo edificio... una casa no lo será jamás. (*Sale por la puerta del jardín*).

HILDA. (*Quédase un momento mirando fijamente a un punto, como abstraída, y, después, murmura muy bajo algunas palabras, oyéndose únicamente las finales*). -...terriblemente emocionante!

TELÓN

ACTO TERCERO

Gran terraza en casa de Solness, viéndose, a la izquierda parte de la casa con una puerta. A la derecha una gran balaustrada. Desde la terraza se descende por una escalera al jardín, en el que hay árboles centenarios que inclinan su ramaje por encima de la terraza, y, por entre ellos, véase una parte de la casa nueva, cuya torre está rodeada de andamios todavía. A todo foro, divisase la cerca del jardín, y, a la otra parte, una calle de casitas bajas y muy viejas. Obscurece, y el cielo está arbolado. Adosado al muro de la casa hay un banco largo y delante una mesa larga también; junto a esta mesa un sillón de mimbres y algunos taburetes rústicos. La señora Solness, envuelta en un gran chal blanco, está sentada en el sillón, mirando con fijeza hacia la derecha. Después de un rato entra Hilda, subiendo la escalera del jardín. Va vestida como en el acto anterior, pero con el sombrero puesto, y un ramito de flores campestres prendido en el pecho.

ESCENA PRIMERA Señora SOLNESS o HILDA

SRA. SOLNESS. (*Volviendo la cabeza para mirar a Hilda*). -¿Estaba usted en el jardín, señorita Wangel?

HILDA. -Sí; lo he recorrido del uno al otro extremo.

SRA. SOLNESS. -Y hasta, según veo, ha cortado usted flores.

HILDA. -En efecto, ¡hay tantas y tan hermosas!

SRA. SOLNESS. -¿De veras?... Yo no bajo casi nunca al jardín.

HILDA. -Yo, en su lugar, pasaría en él todo el día, correteando...

SRA. SOLNESS. (*Sonríe*). -Hace ya mucho tiempo que no puedo corretear.

HILDA. - Pero, al menos, bajará al jardín de vez en cuando para admirar tanta belleza... ¡Es un gran consuelo!

SRA. SOLNESS. -Todo ha variado mucho para mí... Casi me inspira miedo ahora lo que antes me alegraba.

HILDA. -¡Le espanta el jardín, siendo suyo!

SRA. SOLNESS. -Ya es como si no fuera mío.

HILDA. -¿Cómo es eso?

SRA. SOLNESS. -No lo sé... No es como era cuando vivían mis padres. ¡No puede usted figurarse, señorita Wangel, qué cambio tan grande ha sufrido desde entonces el jardín! No queda casi nada... Se han construido en él casas para personas, a quienes no conozco, y que desde sus ventanas pueden verme aquí...

HILDA. (*Iluminado el rostro*). ¡Señora Solness!...

SRA. SOLNESS. -¿Qué desea?

HILDA. -¿Me permite que la acompañe un rato?

SRA. SOLNESS. -Con mucho gusto, si eso ha de agradarle...

HILDA. (*Acerca un taburete al sillón y se sienta*). -¡Ah! Aquí se está bien; al sol... lo mismo que los gatos.

SRA. SOLNESS. (*Poniéndole una mano en el hombro*). -¡Oh! ¡Cuánto le agradezco que me haga compañía un rato! Creí que iría usted a ver a mi esposo.

HILDA. -¿Para qué?

SRA. SOLNESS. -Para ayudarle.

HILDA. -¡Oh, no! Además, no está en casa...Ha ido allá, con los obreros... Tenía, cuando lo vi hace poco, una apariencia tan orgullosa, que no me atreví a dirigirle la palabra.

SRA. SOLNESS. -No haga caso; en el fondo es bueno, y muy blando de corazón.

HILDA. -¿El maestro Solness?

SRA. SOLNESS. -¡Oh! Sí, usted no lo conoce bien todavía.

HILDA. (*Mirándola*). -¿Le agrada irse a vivir a la casa nueva?

SRA. SOLNESS. -Debiera alegrarme, porque Halvard lo desea así.

HILDA. -No pienso yo del mismo modo.

SRA. SOLNESS. -¡Oh! Sí, señorita Wangel. Mi deber es hacer siempre la voluntad de mi esposo, aunque algunas veces es muy difícil obedecerle.

HILDA. -Efectivamente, ha de ser muy difícil.

SRA. SOLNESS. -Puede creerlo.

HILDA. -¡Cuánto ha sufrido usted!

SRA. SOLNESS. -¿Cómo lo sabe?

HILDA. -Me lo ha contado el señor Solness.

SRA. SOLNESS. -Conmigo habla muy pocas veces de estas cosas. Sí, señorita, he sufrido mucho durante mi vida...

HILDA. (*Mirándola compasivamente*). -¡Pobre señora Solness! Primero el incendio...

SRA. SOLNESS. (*Suspirando*) -Que lo destruyó todo.

HILDA. -Y luego algo peor todavía...

SRA. SOLNESS. -¿Algo peor, dice?

HILDA. -El mayor de los dolores.

SRA. SOLNESS. -¿Cuál?

HILDA. -La pérdida de los dos angelitos.

SRA. SOLNESS. -¡Ah! Sí; pero aquello fue cosa muy distinta... porque fue voluntad de Dios, y ante ella es preciso resignarse.

HILDA. -¿Lo ha hecho usted así? ¿Se ha resignado?

SRA. SOLNESS. -No siempre, como debía. Comprendo que ése era mi deber; pero no siempre lo supe cumplir.

HILDA. -¡Es natural!

SRA. SOLNESS. -Algunas veces me he preguntado a mi misma si aquella desgracia fue un castigo...

HILDA. -¿Por qué?

SRA. SOLNESS. -Por no haber sido bastante fuerte para soportar la...

HILDA. -No comprendo...

SRA. SOLNESS. -Dejémoslo, señorita Wangel. No hablemos más de los niños. No pensemos más que en su felicidad... y ellos son muy felices, ¡oh! sí, tan felices como se pueda desear... La pérdida de las cosas pequeñas de la vida, las nimiedades, esto es lo que daña al corazón... la pérdida de lo que para los demás es pura tontería, mientras que para nosotros...

HILDA. (*Cruzando los brazos sobre las rodillas, y mirándole afectuosamente*). -¡Oh, siéntese, siéntese, señora Solness...!

SRA. SOLNESS. -Lo repito, nada más que tonterías... Los retratos colgados en las paredes... Los antiguos vestidos de seda que Dios sabe cuántos siglos antes pertenecían ya a la familia... Los bordados hechos por mi madre y mi abuela... Todo, todo lo perdimos en un momento, hasta las joyas... Todo lo antiguo... Los recuerdos... (*Suspirando*). ¡Y las muñecas también!

HILDA. -¿Las muñecas?

SRA. SOLNESS. (*Llorando*) -Tenía nueve... ¡Y eran muy hermosas!

HILDA. -¿Y se quemaron todas?

SRA. SOLNESS. -Todas, todas. Fue para mí un dolor muy grande, muy grande.

HILDA. -¿De veras? ¿Las conservaba usted desde cuando niña?

SRA. SOLNESS. -Conservado precisamente, no, porque habían vivido siempre conmigo... No las abandoné jamás.

HILDA. -¿Ni cuando dejó usted de ser niña?

SRA. SOLNESS. -Ni entonces... ni mucho de después.

HILDA. -¿Hasta después de casada?

SRA. SOLNESS. -Ya lo creo, y jugaba con ellas, cuando no estaba mi esposo. Pero todas se quemaron, todas, ¡las pobres! Nadie sé preocupó de salvarlas... No, no se ría de mí, señorita Wangel.

HILDA. -No me río, ¿por qué había de reírme?

SRA. SOLNESS. -Eran para mí lo mismo que criaturas vivas... (*Aparece el doctor en la puerta de la casa, con el sombrero en la mano*).

ESCENA II

Dichos, y el DOCTOR

DOCTOR. -Señora, ¿quiere usted resfriarse, sentada ahí fuera?

SRA. SOLNESS. -El día ha sido hermoso y templado.

DOCTOR. -Es cierto. .. Pero, ¿qué pasa aquí? He recibido un billete...

SRA. SOLNESS. -Sí, necesito hablar con usted.

DOCTOR. -Perfectamente. Entonces, será mejor que entremos (*A Hilda*). ¿También viste hoy traje de turista, señorita?

HILDA. (*Se levanta alegremente*). -Es el más elegante... aunque no pienso salir a correr mundo. Hoy nos quedamos aquí, señor doctor, para gozar del hermoso espectáculo...

DOCTOR. -¿Qué espectáculo?

SRA. SOLNESS. (*Suplicando a Hilda en voz baja*). -¡Calle, calle por amor de Dios! Viene mi esposo... Procure quitarle de la cabeza esa idea descabellada... Usted puede conseguirlo. Y seamos buenas amigas, señorita Wangel; que bien podemos serlo.

HILDA. (*La abraza impetuosamente*). -¡Oh! Sí.

SRA. SOLNESS. (*Dulcemente*). -Bien, bien... aquí está. Señor doctor, entremos en casa; tengo que hablarle.

DOCTOR. -¿De Halvard?

SRA. SOLNESS. -De Halvard, sí. Vamos. (*Vanse. Después de un rato, aparece Solness subiendo la escalera del jardín. Hilda está muy seria*).

ESCENA III HILDA y SOLNESS

SOLNESS. (*Mirando hacia la puerta de la casa, que acaba de cerrarse*). -¿No ha observado, Hilda, que mi esposa se marcha apenas me acerco yo?

HILDA. -He observado también que usted le causa a su esposa un miedo inmenso.

SOLNESS. -Lo sé, pero no puedo remediarlo. (*Mirándola atentamente*). ¿Tiene usted frío, Hilda?... Diríase que no se encuentra bien, a juzgar por su aspecto...

HILDA. (*Lentamente*). -Vengo ahora mismo de una tumba.

SOLNESS. -¿Qué quiere decir?

HILDA. -Que he tenido grandes escalofríos, señor Solness.

SOLNESS. -Creo comprenderla.

HILDA. -¿Qué viene a hacer aquí?

SOLNESS. -He visto a usted desde lejos.

HILDA. -Entonces, habrá visto también a la señora Alina.

SOLNESS. -Sí; pero ya sabía que se marcharía tan pronto como me acercase.

HILDA. -¿No le apena que huya de usted?

SOLNESS. -Por lo contrario, es un consuelo...

HILDA. -No tenerla constantemente delante.

SOLNESS. -Eso es.

HILDA. -Para no verla sufrir a todas horas por el recuerdo de sus grandes dolores, por el recuerdo de la muerte de sus hijos...

SOLNESS. -Por eso especialmente. (*Hilda se pasea por la escena algo agitada, con las manos a la espalda, y por fin se detiene junto a la balaustrada mirando hacia el jardín*). ¿Ha hablado mucho con ella? (*Hilda no se mueve, ni contesta*). Le pregunto si ha hablado mucho con mi mujer... (*Hilda permanece inmóvil*). Y... ¿de qué han hablado, Hilda? (*Esta continúa impasible*). ¡De seguro que Alina no le ha hablado más que de aquellos dos pobres angelitos! (*Hilda hace un movimiento de sobresalto; luego mueve dos o tres veces la cabeza, como diciendo que «sí»*). No los olvidará nunca, ¡oh! ¡nunca! (*Se acerca a Hilda*). Ya se ha quedado usted como una estatua, lo mismo que anoche.

HILDA. (*Se vuelve y se queda un rato mirando frente a frente a Solness*). -Me marchó.

SOLNESS. (*Con voz baja*). -¿Se marcha?

HILDA. -Sí.

SOLNESS. -Se lo prohíbo.

HILDA. -¿Qué tengo ya que hacer aquí?

SOLNESS. -No abandonarme, Hilda, estar cerca de mí... ¡Eso es lo que tiene usted que hacer!

HILDA. -Gracias, pero *eso* no me conviene.

SOLNESS. (*Rápidamente*). -¡Tanto mejor!

HILDA. (*A gitada*). - No puedo hacer daño a una persona que conozco. ¡No puedo robar a nadie lo que es suyo!

SOLNESS. -¿Quién le dice que haga cosa semejante?

HILDA. (*Como continuando lo que antes decía*). Con una persona extraña sería distinto. ¡Si no la hubiese visto nunca!... ¡Pero con una persona que me da hospitalidad! ¡No, no!... ¡Jamás!

SOLNESS. -Está bien; nunca he creído lo contrario.

HILDA. -Maestro Solness, usted sabe muy bien cómo tenía que acabar todo esto... Ya sabe por qué me marchó.

SOLNESS. -¿Y qué será de mí cuando sé encuentre usted lejos? ¿Qué haré de mi vida... sin usted?

HILDA. (*Con una mirada indefinible*) . -Usted tiene deberes que cumplir con su esposa.

SOLNESS. -Es demasiado tarde. Esta fuerza misteriosa... esta... esta...

HILDA. -¡Estos demonios! ...

SOLNESS. -Sí, estos espíritus malignos le han chupado toda la sangre de las venas... (*Con sonrisa de desesperación*) . Por eso soy afortunado. ¡Sí, sí!... Mi Alina murió, murió por causa mía, y ahora tengo que vivir encadenado a una muerta... (*Con fuerte terror*) . Pero ¡yo no puedo vivir, no puedo vivir sin alegrías! (*Hilda se sienta y, poniendo los codos sobre la mesa, coloca la cabeza entre las manos*) .

HILDA. (*Mira a Solness un instante*) . -¿Qué piensa construir ahora?

SOLNESS. (*Moviendo la cabeza*) . -No creo que pueda hacer grandes cosas de hoy en adelante.

HILDA. -¿Por qué no construye una casa, en que puedan vivir felices y alegres el padre, la madre y los hijos?

SOLNESS. -¿Quién sabe?...

HILDA. -¡Pobre maestro! ¿Ha trabajado y creado tanto con riesgo de su propia vida, durante diez años, para venir a parar a esto?

SOLNESS. -Verdad es, Hilda.

HILDA. -¡A mí pareceme chocante, extraño, absurdo todo eso!

SOLNESS. -¿Qué es todo eso?

HILDA. -Que no me atreva a extender la mano para atrapar la felicidad... por hallarse de por medio una persona a quien conozco.

SOLNESS. -Pero de la que no podemos... ni debemos prescindir.

HILDA. -¿Quién sabe si, en el fondo, tenemos o no este derecho? Pero, en fin... ¡si eso lo pudiéramos olvidar como en los sueños! (*Extiende los brazos sobre la mesa, apoya en ellos la cabeza y cierra los ojos*) .

SOLNESS. (*Se sienta cerca de la mesa*) . -¿Conoció usted la paz, la felicidad... allá... en casa de su padre?

HILDA. (*Inmóvil y hablando como en sueños*) . Estaba como en una jaula.

SOLNESS. -¿Y no le agrada volver a ella?

HILDA. (*Como antes*) . -El ave de los bosques no puede vivir enjaulada.

SOLNESS. -Es verdad, el ave de los bosques prefiere vivir libremente.

HILDA. (*También como antes*) . -El ave de los bosques ama el aire libre, sobre todas las cosas.

SOLNESS. (*Mirándola*) . -Si pudiera uno tener el ardimiento, el desprecio a la muerte de los piratas de la leyenda...

HILDA. (*Sin moverse, abre los ojos*) . -Otra cosa más se necesita.

SOLNESS. -Una conciencia enérgica. (*Hilda se pone en pie, y vuelve a lucir en sus ojos la alegre mirada de siempre*).

HILDA. -Ya sé qué es lo que va a construir ahora.

SOLNESS. -Entonces, Hilda, sabe usted más que yo.

HILDA. -No me sorprende; porque, ¡es usted tan extraño!

SOLNESS. -¿Qué voy a construir? Dígamelo,

HILDA. (*Inclinando la cabeza hacia Solness*) -¡El castillo!

SOLNESS. -¿Qué castillo?

HILDA. -El mío... Mi castillo.

SOLNESS. -¿Ahora quiere un castillo?

HILDA. -¿No me debe usted un reino?

SOLNESS. -Usted lo dice...

HILDA. -Pues, quien posee un reino, necesita tener un castillo, ¿no es verdad?

SOLNESS. (*Animándose*). -En efecto, así es.

HILDA. -Pues bien; usted lo levantará... ¡Pronto!

SOLNESS. (*Sonriendo*). -¿Cómo, así?... ¿Sobre los dos pies?

HILDA. -Han pasado ya diez años, y no quiero aguardar más, ¿lo entiende? ¡Quiero mi castillo, ahora mismo!

SOLNESS. -Con usted no valen razones, Hilda. Cuando algo se le debe...

HILDA. -Debía haberlo pensado antes. ¡Ahora es ya demasiado tarde! (*Golpeando la mesa con los dedos*). Déme el castillo, ¡es mío! ¡Lo quiero!

SOLNESS. (*En tono más serio e inclinando la cabeza hacia Hilda*). -Veamos, ¿cómo se ha imaginado usted ese castillo, Hilda?

HILDA. (*Después de una pausa y hablando lentamente*). -Mi castillo ha de levantarse sobre una montaña muy alta, muy alta... de una altura colosal. Quiero que desde él la mirada domine todo, absolutamente todo... Quiero ver muy lejos, muy lejos...

SOLNESS. -Y, naturalmente, ha de estar flanqueado por una torre altísima.

HILDA. -De una altura terrible, espantosa... Y allá, en la cima de la torre, ha de haber un balcón, desde el que pueda ver el mundo entero...

SOLNESS. (*Frotándose involuntariamente la frente con la mano*). -Y a tan vertiginosas alturas, ¿encontrará usted placer, Hilda?...

HILDA. -Quiero ver desde allá arriba a todos los que construyen iglesias... y los que levantan casas para padres e hijos, para esposos y hermanos... Quiero dominarlo todo, dominarlo... Usted podrá subir también allá arriba, y dominará...

SOLNESS. -¿Le será permitido al constructor subir a besar los pies de la princesa?

HILDA. -Subirá... siempre que él lo desee.

SOLNESS. -Querrá siempre.

HILDA. - Sí... el constructor querrá.

SOLNESS. -Pero, entonces, dejará ya de construir... el mísero constructor.

HILDA. *(Con vivacidad)* . -Entonces construiremos juntos lo que hay de más hermoso en el mundo.

SOLNESS. *(Como fascinado)*. -Hilda,... ¿y qué es eso tan hermoso?

HILDA. *(Moviendo la cabeza o imitando el hablar de una niña.)*. -¿No lo comprende?... ¡Pues esos constructores son muy... extraños!

SOLNESS. -Lo sé, lo sé... Pero, dígame qué es eso que construiremos los dos juntos.

HILDA *(Después de una pausa)* . -¡Castillos en el aire!

SOLNESS. -¿Castillos en el aire?

HILDA. *(Con acento burlón)*. -Sí, castillos en el aire, sí. ¿No sabe qué son castillos en el aire?

SOLNESS. -Usted me ha dicho que son lo más hermoso del mundo.

HILDA. *(Se levanta y con acento desdeñoso)*. -Efectivamente, lo son... Los castillos en el aire son muy accesibles para todos y facilísimos de levantar. *(Mirándolo con sorna)*. Especialmente para los constructores que tienen la conciencia sujeta a vértigos.

SOLNESS. *(Se levanta)* . -En lo sucesivo construiremos juntos, Hilda...

HILDA. *(Con sonrisa de incredulidad)*. -¿Un gran castillo en el aire?

SOLNESS. -Sí, pero con cimientos de granito. *(Entra Ragnar por la puerta de la casa, llevando una gran corona de hojas y flores con lazos de seda)*.

ESCENA IV

Dichos, y RAGNAR

HILDA. *(Con alegría)*. -¡La corona! ¡Oh, qué hermosa es!

SOLNESS. *(Sorprendido)*. -¿Adónde va usted con esa corona, Ragnar?

RAGNAR. -La tenía prometida al capataz.

SOLNESS. *(Más sosegado)*. -¿Y su padre, esta mejor?

RAGNAR. -No.

SOLNESS. -¿No le han proporcionado algún consuelo las palabras que escribí en los planos?

RAGNAR. -Llegaron demasiado tarde.

SOLNESS. -¿Demasiado tarde?

RAGNAR. -Cuando llegó Kaia con los dibujos había perdido ya el conocimiento.

SOLNESS. -Entonces, ¿por qué lo abandona ahora? ¡Vuelva usted a su lado!

RAGNAR. -Mi padre ya no me necesita.

SOLNESS. -De todos modos debe usted estar a su lado.

RAGNAR. -Kaia se encuentra junto a su lecho.

SOLNESS. (*Vacilante*) . -¿Quién ha dicho?... ¿Kaia?

RAGNAR. (*Mirándole fijamente*). -Sí, Kaia.

SOLNESS. -Vuelva usted a casa y no les abandone, Ragnar...

RAGNAR. (*Conteniendo una sonrisa burlona*) . Pero no será usted quien...

SOLNESS. -Sí, yo soy quien la he de colocar en lo más alto de la torre. (*Toma la corona*) . Y ahora, váyase a casa. Hoy no lo necesito para nada.

RAGNAR. -Ya sé que no me necesitará en lo sucesivo; pero hoy quiero estar aquí todavía.

SOLNESS. -Haga lo que le plazca.

HILDA. (*Junto a la baranda*) . -Desde aquí, maestro Solness, le veré a usted subir...

SOLNESS. -Pero...

HILDA. -¡Será un espectáculo terriblemente emocionante!

SOLNESS. (*Con voz reconcentrada*). -Después hablaremos de eso, Hilda. (*Baja la escalera del jardín, llevándose la corona*).

ESCENA V

HILDA Y RAGNAR

HILDA. (*Lo sigue con la mirada y luego se vuelve a Ragnar*). -Me parece que ha debido usted darle las gracias.

RAGNAR. -¿Yo darle las gracias... a él?

HILDA. - Ciertamente debía usted haberlo hecho.

RAGNAR. -Antes debo dárselas a usted, señorita.

HILDA. -¿Por qué?

RAGNAR. (*Sin contestar a la pregunta de la joven*) . -Pero, guárdese usted de él; usted no lo conoce bien, todavía.

HILDA. (*Con fuerza*). -Por lo contrario, lo conozco perfectamente.

RAGNAR. (*Sonriéndose con ironía*). -¡Darle las gracias! ¡Estar agradecido a quien me ha tenido en la obscuridad durante tantos años, que ha hecho dudar de mí a mi propio padre, acortándole la vida!... ¡Que me ha hecho dudar de mí a mí mismo, y todo eso para...!

HILDA. -¿Para qué?... Hable.

RAGNAR. -Para tenerla siempre cerca, a su lado.

HILDA. (*Acercándosele*). -¿A la señorita... Kaia

RAGNAR. - Sí.

HILDA. (*Amenazándole con el puño cerrado*). -No es verdad; ¡usted le calumnia!

RAGNAR. -Tampoco quería yo creerlo; pero ella misma me lo ha confesado hoy todo.

HILDA. (*Como antes*). -¿Y qué le ha dicho? ¡Quiero saberlo todo, enseguida!

RAGNAR. -Me ha dicho que le había hecho perder la cabeza, que se había apoderado de todos sus pensamientos, que no podrá abandonarlo jamás, y que volverá aquí, a su lado.

HILDA. (*Con fuego en los ojos*) . -Esa mujer no tiene ningún derecho...

RAGNAR. (*Con intención*). -¿Quién lo impedirá?

HILDA. -El mismo... si no lo impiden otros.

RAGNAR. -¡Oh, sí; lo comprendo todo... ahora!

HILDA. -Usted no comprende nada. Yo le diré por qué retenía a su lado a la señorita Kaia.

RAGNAR. -¿Por qué?

HILDA. -Porque usted no lo abandonara.

RAGNAR. -¿Lo ha dicho él?

HILDA. -No, pero es verdad. (*Con rabia*). Yo quiero que sea verdad.

RAGNAR. -Y apenas ha llegado usted aquí la ha despedido...

HILDA. -¡No; ha. despedido a usted... a usted!

RAGNAR. (*Pensativo*). -¿Habrás tenido miedo de mí, secretamente, durante ese tiempo?

HILDA. -¿El maestro tener miedo?...Es usted muy presuntuoso.

RAGNAR. -¡Oh! Seguramente descubriría en mí algún mérito... En cuanto al miedo, ciertamente podía tenerlo.

HILDA. -¿Miedoso el maestro? ¡Bah!

RAGNAR. -Como se lo digo. Este constructor que no temió destruir la felicidad de los demás, portándose conmigo y con mi padre como se ha portado... tiene miedo de subir a un andamio. ¡Oh! ¡A esto no se atreverá jamás!

HILDA. -¡Tenía usted que haberlo visto a la altura en que lo he visto yo! ¡Casi tocando las nubes! Daba vértigos a cualquiera...

RAGNAR. -¿Usted ha visto eso?

HILDA. -Sí, yo lo he visto subir allá arriba, y permanecer en lo más alto de la torre de una iglesia, arrogante y firme, en medio de la inmensidad de los espacios...

RAGNAR. -Efectivamente, sé que lo hizo una vez en su vida; pero una sola vez se atrevió. Se habló de aquella hazaña entre nosotros los jóvenes. Pero, por nada del mundo volvería a hacerlo otra vez.

HILDA. -Está usted equivocado, porque hoy subirá nuevamente...

RAGNAR. (*Con ironía.*). -¿Sí? Lo veremos.

HILDA. -Lo veremos.

RAGNAR. -¡Oh! ¡Nunca!

HILDA. -¡Yo quiero verlo! ¡Quiero verlo, y lo veré!

RAGNAR. -Usted verá que no se atreve. ¡Tiene miedo... el gran constructor Solness! (*Entra la señora Solness por la puerta de la casa*).

ESCENA VI

Dichos y señora SOLNESS

SRA. SOLNESS. -¿No está aquí? ¿Dónde ha ido?

RAGNAR. -El señor Solness está con los obreros.

HILDA. -Se ha llevado la corona.

SRA. SOLNESS. (*Con ansiedad*). -¿La corona? ¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío!... Señor Brovik, vaya

en su busca y hágale volver... se lo ruego.

RAGNAR. -¿Le diré que la señora desea hablarle?

SRA. SOLNESS. -Sí, amigo mío... Pero, no, es preferible que no hable de mí. Dígale que lo aguardan y que venga inmediatamente.

RAGNAR. -Está bien, señora; voy a buscarlo. *(Baja la escalera del jardín).*

ESCENA VII

Señora SOLNESS e HILDA

SRA. SOLNESS. -Señorita Wangel, no puede usted imaginarse la pena inmensa que...

HILDA. -¿Ocurre algo extraordinario?

SRA. SOLNESS. -¡Figúrese usted! A Halvard se le ha metido en la cabeza que ha de subir a lo alto de la nueva torre...

HILDA. -¿Y cree usted que lo hará?

SRA. SOLNESS. -No lo sé; pero Halvard es capaz de cualquier locura.

HILDA. -¿También usted duda de él?...

SRA. SOLNESS. -Realmente, no sé qué creer, después de lo que me han contado el doctor y él mismo. *(El doctor Herdal aparece en la puerta de la casa).*

ESCENA VIII

Dichas, y el DOCTOR

DOCTOR. -¿Viene, por fin, el señor Solness?

SRA. SOLNESS. -Así lo espero. Lo he mandado llamar.

DOCTOR. *(Acercándose).* -Pero usted no puede permanecer aquí fuera, señora...

SRA. SOLNESS. -No, no; deseo quedarme aquí espero a Halvard.

DOCTOR. -Es que acaban de llegar algunas señoras...

SRA. SOLNESS. -¡Oh! Dios mío, en estos momentos...

DOCTOR. -Han manifestado deseos de asistir al espectáculo.

SRA. SOLNESS. -Sí, sí; tengo que ir a hacer los honores de la casa. Es mi deber.

HILDA. -¿No podría usted excusarse?

SRA. SOLNESS. -No, es imposible. Mi deber es recibirlas... Usted esperará aquí a mi esposo.

DOCTOR. -Entreténgalo todo el tiempo que pueda.

SRA. SOLNESS. -Se lo ruego, señorita Wangel, entreténgalo aquí... Confío en usted.

HILDA. -¿No sería mejor que lo hiciera usted misma?

SRA. SOLNESS. -En efecto; éste sería mi deber también; pero, cuando se tienen tantas otras obligaciones que cumplir...

DOCTOR. *(Mirando hacia el Jardín).* -Ya viene.

SRA. SOLNESS. -En el preciso momento en que debo entrar en casa...

DOCTOR. -No le diga que estoy yo aquí.

HILDA. -No... buscaré otro tema de conversación.

SRA. SOLNESS. -Y entreténgalo mucho, confío en usted. Nadie mejor que usted puede hacerlo. *(La señora Solness y el doctor entran en la casa; Hilda queda sola junto a la balaustrada. Aparece Solness por la escalera del jardín).*

ESCENA IX **HILDA y SOLNESS**

SOLNESS. -Me han dicho que había aquí alguien que desea hablarme.

HILDA. -Sí, maestro Solness, soy yo.

SOLNESS. -¿Usted, Hilda? Temí que fueran Alina y el doctor.

HILDA. -¡Se espanta usted muy fácilmente!

SOLNESS. -¿Lo cree así?

HILDA. -Dicen que tiene usted miedo de subir a lo alto de la torre.

SOLNESS. -¡Oh! Eso es otra cosa.

HILDA. -¿Es cierto, entonces?

SOLNESS. -Es cierto.

HILDA. -¡Teme usted matarse!

SOLNESS. -No es eso.

HILDA. -¿Qué es, pues, lo que teme?

SOLNESS. -Temo la expiación, Hilda... eso es lo que temo.

HILDA. -¿La expiación? *(Moviendo la cabeza)*. No comprendo.

SOLNESS. -Siéntese; tengo que referirle algo todavía.

HILDA. -Pues hágalo pronto. *(Se sienta en un taburete cerca de la balaustrada y se queda mirándole)*.

SOLNESS. *(Arroja el sombrero sobre la mesa)*. -Ya le he dicho que comencé construyendo iglesias.

HILDA. -Sí.

SOLNESS. -Nací en el campo, mi familia era muy religiosa, y creí que no podía haber en el mundo cosa más grande y sublime que edificar templos.

HILDA. -¡Sí, Sí!

SOLNESS. -Y puedo asegurar que con tanto celo, con tanto amor y piedad construía yo mis templos, que... que...

HILDA. -No se interrumpa.

SOLNESS. -Que llegué a creer que *él* debía estar satisfecho.

HILDA. -¿Quién es *él* ?

SOLNESS. -Aquel a quien iban dedicados los templos, aquel en cuyo honor se construían.

HILDA. -Comprendo. Pero, ¿cómo sabe usted que *él* no estaba contento?

SOLNESS. *(Con ironía)*. -No podía creerlo, Hilda. No debía *él* estar muy satisfecho de mí, puesto que contra mí desencadenaba tantas desgracias enviándome además, para que me

sirviesen noche y día, tantos... tantos...

HILDA. -Tantos demonios...

SOLNESS. -Eso es; de todas clases y cataduras. ¡Ah! No, comprendí perfectamente que *él* no estaba contento de mí ni de mis obras. (*Con misterio*). Por esto hizo *él* que ardiera una noche la casa vieja.

HILDA. -¿Por esto, de veras?

SOLNESS. -¿No lo comprende? Con el incendio quiso *él* proporcionarme la ocasión de que me convirtiera en verdadero maestro de arquitectura, para que le edificase templos que le hicieran honor. Pero yo no comprendí eso entonces, mis ojos no se abrieron a la luz hasta más tarde.

HILDA. -¿Cuándo?

SOLNESS. -Cuando construía el campanario de la iglesia de Lissanger.

HILDA. -Lo había supuesto.

SOLNESS. -Sí, Hilda, en aquel apartado lugar reflexioné largamente, y concluí por comprender el motivo de mis desgracias, y especialmente, la causa de la muerte de mis dos hijos. Lo hizo así para... para cortar el último lazo que me unía con las cosas terrenas. ¡Ni respetaba la felicidad de mi familia! De esta manera, yo podía consagrar toda mi vida a levantar templos dedicados a *él*... ¡Pero esto no ocurrió!

HILDA. -¿Pues, qué hizo?

SOLNESS. -Empecé por examinar a mí mismo, fortaleciendo mi conciencia.

HILDA. -¿Y luego?

SOLNESS. -Luego, quise substraerme a *él* y tentar *lo imposible*.

HILDA. -¿Lo imposible?

SOLNESS. -Hasta entonces, jamás había podido dominar la impresión que me causaba subir a una gran altura; pero aquel día quise subir... y subí.

HILDA. (*Se levanta*). -Es verdad... Subió a lo más alto.

SOLNESS. -Y cuando llegué a la cima, en el momento de colgar la corona, le dije: ¡Escúchame tú, Omnipotente! De hoy en adelante, quiero ser dueño de mi voluntad para hacer lo que me plazca en mis humanos dominios, como tú lo eres en los tuyos... Ya no levantaré iglesias en tu honor, y sólo construiré moradas para los hombres.

HILDA. (*Radiante de alegría*). -Eso es... Ese es el canto que yo escuché allá arriba.

SOLNESS. -Pero todo ha sido como echar agua a su molino.

HILDA. -¿Qué quiere decir?

SOLNESS. -Construir moradas para los hombres... es cosa insignificante, Hilda.

HILDA. -¿Lo cree así?

SOLNESS. -Demasiado lo comprendo ahora. Los hombres no saben qué hacer de las moradas suntuosas, porque la felicidad no está en ellas. Yo mismo no sabría qué hacer de una casa semejante. (*Sonriendo amargamente*). Por muy lejos que mire en mi pasado, no veo nada grande; de mis manos no ha salido nada que sea verdaderamente hermoso, sublime... y, sin embargo, todo lo sacrificué al esplendor de mis obras... todo...

HILDA. -¿Y piensa no trabajar ya más?

SOLNESS. -Por lo contrario... quiero comenzar ahora mi gran obra, mi obra definitiva, la que afirme mi personalidad y me conquiste la fama. Voy a levantar un edificio que pueda encerrar

la felicidad humana... donde esté la verdadera salvación.

HILDA. (*Mirándole fijamente*) . -Seguramente, piensa usted ahora en nuestro castillo...

SOLNESS. -Sí, un castillo levantado en el aire.

HILDA. -Temo que le dará el vértigo apenas lleguemos a medio camino.

SOLNESS. -No ocurrirá eso, Hilda, si vamos los dos juntos, agarrados de la mano...

HILDA. (*Reprimiéndose*). -¿Solos? ¿No podría venir alguien más?

SOLNESS. -¿Quién?

HILDA. -La señorita Kaia, la del escritorio. ¡Pobre muchacha!... ¿No podría llevarla también?

SOLNESS. -¡Ah! ¿Ha hablado a usted Alina de esto?

HILDA. -¿Es verdad, o no?

SOLNESS. (*Con violencia*) . -A eso no quiero responder... Usted debe tener absoluta confianza en mí.

HILDA. -Durante diez años seguidos la he tenido.

SOLNESS. -Es preciso que siga teniéndola.

HILDA. -¡La tendré, si lo veo subir nuevamente hasta lo más alto, sin temor!

SOLNESS. -¡Ah! Hilda... Esas son cosas que no pueden repetirse.

HILDA. (*Con pasión*). -¡Lo quiero! ¡Lo quiero! (*Suplicante*) . ¡Una sola vez, una sola vez todavía haga usted lo imposible!

SOLNESS. (*La mira profundamente*). -Sí, Hilda, lo haré... y volveré a hablar con él , como aquel día.

HILDA. (*Exaltada*). -¿Qué va a decirle?

SOLNESS. -Le diré: ¡Escúchame, Señor Omnipotente! Júzgame como te plazca; pero de hoy en adelante no quiero construir más que una cosa... la más bella, la más dulce que en el mundo exista...

HILDA. (*Con júbilo*) . -¡Eso! ¡Eso, sí!

SOLNESS. (*Prosiguiendo*). -... Juntamente con una princesa a quien... amo...

HILDA. -¡Sí, sí, dígaselo!

SOLNESS. -Y le diré, además: Ahora mismo voy al tomarla entre mis brazos y a cubrirla de besos...

HILDA. -De mil y mil besos...

SOLNESS. -¡De mil y mil besos!... ¡Esto le diré!

HILDA. -¿Y después?

SOLNESS. -Después agitaré al aire mi sombrero... bajaré... y haré lo que he dicho.

HILDA. (*Extendiendo los brazos*) . -Ahora, si... Ahora lo creo grande... como aquel día... cuando oí aquella música dulcísima.

SOLNESS. (*Mirándola con la cabeza baja*). -¿Cómo ha cambiado de ese modo, Hilda?

HILDA. -¿Cómo me ha hecho usted lo que soy?

SOLNESS. (*Con voz firme*). -La princesa tendrá su castillo.

HILDA. *(Con alegría, batiendo palmas)* . -¡Ah, maestro Solness!... ¡Mi castillo... nuestro espléndido castillo!

SOLNESS. -Con cimientos de granito. *(En la calle, de la otra parte del jardín, se han reunido algunas personas, que se ven por entre los árboles. Algo lejos, hacia la casa nueva, se oye una música. Entran la señora Solness con una piel sobre los hombros, el doctor Herdal, llevando en una mano un chal blanco, y algunas señoras. Al mismo tiempo sube Ragnar la escalera del jardín).*

ESCENA FINAL

SOLNESS, HILDA, señora SOLNESS, el DOCTOR, RAGNAR, señoras y pueblo.

SRA. SOLNESS. -¿Ya está aquí la música?

RAGNAR. -Sí, señora,... *(A Solness)*. El capataz de los obreros le hace saber que está dispuesto a subir..

SOLNESS. *(Tomando el sombrero)* . -Bien... voy allá.

SRA. SOLNESS. *(Ansiosa)* . -¿Qué te propones, Halvard?

SOLNESS. *(Con calma)* . -En tales ocasiones, tengo que estar al lado de mis obreros.

SRA. SOLNESS. -Es verdad; pero, ¿tú no subirás, Halvard?

SOLNESS. -No acostumbro, ya lo sabes. *(Baja la escalera del jardín)*.

SRA. SOLNESS. *(Acercándose a la balaustrada)* . -De todos modos, recomienda mucho al capataz que tenga cuidado...

DOCTOR. *(A la señora Solness)* . -Ya ve cómo tenía razón. Ni siquiera se acuerda ya de aquella locura.

SRA. SOLNESS. -¡Ah! Cómo se me ha aligerado el corazón. Dos veces he visto caer un hombre desde allá arriba... y las dos fue mortal la caída... *(Se vuelve a Hilda)*. Muchas gracias, señorita Wangel, por haberlo entretenido aquí. ¡No creo que yo lo hubiera logrado!

DOCTOR. *(Muy alegre)* . -¿Sabe, señorita, que entiende usted mucho de eso de entretener a la gente, cuando se lo propone de veras? *(La señora Solness, el doctor y los invitados se acercan a la escalera y desde allí miran hacia la casa nueva. Hilda permanece junto a la balaustrada presa de viva agitación. Ragnar se acerca a ella)*.

RAGNAR. *(Con sonrisa irónica y a media voz)* . -Señorita, ¿ve usted a aquellos jóvenes, que están allá, en la calle?

HILDA. -Sí.

RAGNAR. -Son compañeros míos, que han venido a ver al maestro...

HILDA. -¿Por qué quieren verle?

RAGNAR. -Quieren ver si es cierto que se atreve a subir hasta lo más alto de la torre de su casa, pues se resisten a creerlo...

HILDA. -¡Oh! ¡imbéciles!

RAGNAR. *(Con ironía)* . -Como siempre sé abstuvo sabiamente de hacerlo, desean ver si hoy se atreverá a llegar hasta la cima.

HILDA. -Hoy lo verán...

RAGNAR. *(Riendo)* . -¿Dónde... dónde?...

HILDA. -En lo más alto, donde está plantada la bandera.

RAGNAR. -¿Subirá?... Vaya...

HILDA. -Él lo quiere... y así será.

RAGNAR. -Que lo quiera él, no lo pongo en duda, puesto que lo asegura usted; pero no podrá. Le dará el vértigo antes que llegue a la mitad del camino.

DOCTOR. (*Señalando*) . -Allá va el capataz... Miren... Empieza ya a subir.

SRA. SOLNESS. -Con la gran corona en la mano... ¡Ay de él, si no tiene precaución!

RAGNAR. (*Mira ansiosamente y grita*) . -Pero, si aquel hombre... es...

HILDA. (*Estallando en alegría*) . -¡Es el constructor! ¡Es él mismo!

SRA. SOLNESS. (*Con gritos de horror*) . -¡Oh, Dios mío!... ¡Es él!... ¡Halvard! ¡Halvard!

DOCTOR. -¡Silencio, silencio todos!

SRA. SOLNESS. (*Fuera de sí*) . -¡Quiero ir allí!

DOCTOR. (*Conteniéndola*) . -¡Nadie se mueva! ¡Nadie grite!...

HILDA. (*Inmóvil, va siguiendo a Solness con la mirada*) . -¡Sube, sube... siempre arriba... siempre arriba!...

RAGNAR. (*Respirando con pena*) . -Es necesario que baje... No puede seguir.

HILDA. -¡Sube, sube!... ¡Ya llega casi a la cima!

SRA. SOLNESS. -¡Oh! ¡La ansiedad me mata! ¡No puedo mirarlo, no puedo!

DOCTOR. -¡No mire usted! ¡no mire!

HILDA. -Ya ha llegado a la última plataforma. ¡Qué grande me parece!

DOCTOR. -¡Silencio todo el mundo!

HILDA. (*Con alegría inmensa*) . -Finalmente... Finalmente... ¡Ahora me parece grande y libre!

RAGNAR. (*Sin poder hablar*). -¡Oh! Pero, esto es...

HILDA. -Yo siempre lo he visto así... Diez años seguidos. ¡Qué fuerte y seguro está allá arriba! ¡Es maravilloso!... Miren: ahora coloca la corona en la cima de la torre altísima...

RAGNAR. -¡Me parece imposible lo que estoy viendo!

HILDA. -Sí, realmente es *lo imposible* lo que acaba de hacer... ¿No hay nadie a su lado?

RAGNAR. -No, no veo a nadie.

HILDA. -¡Oh! Sí; habla. con alguien...

RAGNAR. -Se equivoca, o...

HILDA. -¿No oye usted también un canto?

RAGNAR. -Es el viento que agita el ramaje.

HILDA. -Yo oigo un canto... un canto sonoro grande... (*Con alegría salvaje*). Vedlo, vedlo, saluda con el sombrero... Vuelve a saludar... Todo ha concluido. (*Toma de manos del doctor el chal blanco y lo agita en el aire*). ¡Viva el maestro Solness!

DOCTOR. -¡Silencio, silencio, señorita, en nombre de Dios! (*Las señoras agitan todas sus pañuelos y se oyen los vivas de la gente que está en la calle. De pronto, la multitud prorrumpe en un grito de espanto y por entre las ramas de los árboles vese vagamente caer un cuerpo pesado*)

SRA. SOLNESS . *(Juntamente con las señoras que están en la terraza)*. -¡Cae!... ¡Cae!... ¡Oh! ¡Dios!... *(La señora Solness cae desmayada en brazos de los invitados, que gritan y llaman todos a la vez. La multitud rompe la valla del y jardín y penetra en él, como una avalancha)*.

HILDA. *(Mirando siempre hacia lo alto, como petrificada)*. -¡Oh, mi maestro!... ¡Mi maestro Solness!

RAGNAR. *(Trémulo y agarrado a la balaustrada)*. -¡Debe haberse aplastado!... ¡La caída ha sido horrorosa!

UNA SEÑORA. *(Mientras se llevan a la señora Solness al interior de la casa)*. -Corra usted a buscar al médico, que se muere la señora...

RAGNAR. -No puedo moverme, me es imposible.

UNA SEÑORA. -¡Llame usted a alguien, siquiera!

RAGNAR. *(Coma hablando con la gente del jardín)*. -¿Qué se ha hecho?... ¿Vive?...

UNA VOZ. *(Desde el jardín)*. -¡El constructor Solness ha muerto!

OTRA VOZ. -Tiene la cabeza hecha pedazos... Ha caído sobre un montón de piedras...

HILDA. *(Se vuelve a Ragnar y a media voz)*. - No lo veo ya... allá arriba...

RAGNAR. -Le han faltado las fuerzas... ¡Es espantoso!

HILDA. -Pero llegó a la cima... y oí los cantos allá arriba, y los sonos de arpas... *(Agita el chal en el aire y grita con inmensa ternura)*. ¡Oh, mi maestro!... ¡Mi maestro Solness!

TELÓN